

HORA
DE
ESPAÑA
REVISTA MENSUAL
XIX

SUMARIO:

TRABAJOS DE ANTONIO MACHADO, MIGUEL DE UNAMUNO,
ANTONIO PORRAS, CONCHA MÉNDEZ, JUAN GIL-ALBERT,
MANUEL VALLDEPERES, CONCHA ZARDOYA, ERNESTINA
DE CHAMPOURCÍN, BELTRÁN LOGROÑO, D. GUEST, E. FER-
NÁNDEZ, Y JUAN G. DEL VALLE. TEATRO DE MAX AUB



Viñetas de Ramón Gaya. — Barcelona, Julio, 1938

HORA
DE
ESPAÑA

Printed in Spain

Tipografía La Académica : E. Granados, 112 : Teléf. 77452 : Barcelona

ENSAYOS
POESÍA
CRÍTICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR



SIGUE HABLANDO
MAIRENA
A SUS ALUMNOS

1

No hay verdades estériles — habla Juan de Mairena — ni aun siquiera aquellas que se dicen mucho después que pudieron decirse; porque nunca para la verdad es tarde. Lo censurable es que se pretenda confundir y abrumar con la verdad rezagada a quienes acertaron a decirla más oportunamente. Esto encierra una cierta injusticia y, en el fondo, falta de respeto a la verdad. Pero dejemos a un lado nuestro amor propio herido de hombres no escuchados a tiempo, y

alegrémonos siempre de que la verdad se diga, aunque tardíamente, y aunque parezca dicha en contra nuestra.

II

Suele vivir el hombre crucificado sobre su propia vanidad, literalmente asado sobre las ascuas de su negra honrilla. Es condición humana este cruel suplicio — añadía Juan de Mairena — y no es justo que pierda totalmente nuestra simpatía quien lo padece. Pero también es condición del hombre el afán de mejorar esta condición, y aun la posibilidad de mejorarla, quiero decir, en este caso, de libertarse un poco de la cruz y las ascuas supradichas. Y nuestra mayor estimación irá hacia aquellos hombres que lo intentan, aunque no siempre lo consigan, a saber, hacia los hombres de espíritu filosófico que suelen pensar, más por amor a la verdad, que por amor al hombrecillo que todos y cada uno de nosotros llevamos a cuestas.

III

Reparad — añadía Juan de Mairena — que las filosofías más profundas apenas si persiguen otra finalidad que la total extirpación del amor propio; lo que quiere decir que es meta tan alejada que nadie puede temer alcanzarla. Porque también es el filósofo — digámoslo de pasada — el hombre que no quisiera dar nunca en el blanco hacia el cual dispara, y para ello lo pone más allá del alcance de toda escopeta o por el contrario (que viene a ser lo mismo) el hombre que se

coloca en el blanco a que todos apuntan, convencido de que es allí donde no pueden caer las balas.

IV

Reparemos — decía Juan de Mairena — en que la humanidad produce muy de tarde en tarde hombres profundos, quiero decir hombres que ven un poco más allá de sus narices (Buda, Sócrates, Cristo) los cuales no abusan nunca de la retórica, no predicán nunca al convencido, y son, por ello mismo, los únicos hombres que han tenido alguna virtud suasoria. Y esto es tan cierto que hasta pudiera probarse con números. Son hombres de buen gusto, dotados siempre de ironía, nunca pedantes — ni siquiera escriben — rara vez a la moda y a los cuales, porque nunca pasaron, hay siempre que volver. De cuando en cuando no falta un jabato que se revuelva contra ellos, un bravo novillo que frente a ellos se encampane.

*

Ladrón de energías, llamaba Nietzsche al Cristo. Y es lástima — añadía Mairena — que no nos haya robado bastante.

*

Siempre estimé como de gusto deplorable y muestra de pensamiento superficial el escribir contra la divinidad de Jesucristo. Es el afán demoledor de los pigmeos que no admiten más talla que la suya.

No, amigos míos — sigue hablando Mairena a sus alumnos — no puede el Cristo escapar a la divinidad de su origen

o de su destino. Lo he dicho muchas veces y lo repito, aun a riesgo de parecer cargoso. O fué, como muchos piensan, el hijo de Dios, venido al mundo para expiar en la Cruz los pecados del hombre, o, como pensamos los herejes, coleccionistas de excomuniones, el hijo del hombre que se hizo Dios para expiar en la Cruz los pecados de la divinidad. En este sentido prometico y de viva blasfemia parece anunciarse el cristianismo futuro.

V

Y si el Cristo vuelve, de un modo o de otro ¿renegaremos de Él porque también lo esperen los sacristanes?

VI

MAIRENA EXPONE Y COMENTA SUS SUEÑOS

La otra noche soñé, decía Juan de Mairena a sus alumnos — hacia 1909 — que esta clase sin cátedra, reunión de amigos más que otra cosa, iba a ser suprimida de Real Orden. Toda una Real Orden para suprimir una clase voluntaria y gratuita. Se me acusaba de hombre que descuida la clase obligatoria y retribuida de que es titular — vosotros sabéis que no soy oficialmente profesor de Retórica, sino de Gimnasia — en momentos más adecuados para ejercicios físicos que para ejercicios *espirituales*. Siempre he sido un hombre muy atento a los propios sueños, porque ellos nos revelan

nuestras más hondas inquietudes, aquellas que no siempre afloran a nuestra conciencia vigilante. Digamos de pasada que esto es una verdad sabida hoy de muchas gentes, y que yo no ignoro desde hace ya muchos años, acaso por haberla leído en algún Almanaque. Lo cierto es que se me acusaba como al gran Sócrates — reparad un poco en la vanidad del durmiente — de corruptor de la juventud. La acusación era mantenida por un extraño hombrecillo, con sotana eclesiástica y tricornio de Guardia civil. «En los momentos solemnes — la voz del acusador era tonante y campanuda, no obstante lo diminuto de su poseedor — en los momentos solemnísimos en que media Europa se apercibe a trabarse — y no de palabra — con la otra media, abandona usted su clase de Gimnástica o, como decimos ahora, de Ejercicios físicos; el cuidado de fortalecer y agilitar los músculos, de henchir los pulmones a tiempo y compás, de marchar y contramarchar, de erguirse y *encucillarse*, etc., etc. — reparad en el barroco lenguaje de los sueños — para iniciar a la juventud en toda suerte de ejercicios sofísticos — que esta es la palabra: ¡sofísticos! para inficionarla del negro virus del escepticismo, aficionándola a la que usted llama, hipócritamente, el *cultivo de las cabezas*. ¡El cultivo de las cabezas! ¡¡¡Ja, ja, ja!!! En la carcajada del hombrecillo — añadía Mairena — culminaba la estentoreidad de su voz, y lo desagradable de mi sueño. Como si el cultivo de las cabezas — proseguía el acusador, con voz más concentrada y declinante — no fuese harto superfluo en las circunstancias actuales, y el más superfluo de todos los cultivos en las que se avecinan». El acusador hizo un punto grave y con él terminó su discurso y dió fin mi pesadilla.

Mairena y sus alumnos dedicaron la hora de clase a la interpretación y al comentario del sueño. Pensaba Mairena — digámoslo de pasada — que toda fecunda onirocrisia, o arte de interpretar los ensueños, había de basarse en la observación y estudio de los ensueños propios, y que sólo un *soñador* en el sentido más directo de la palabra, un hombre que sueña frecuentemente — (no despierto, que esto es muy otra cosa, sino mientras duerme) — dotado no sólo de este hábito más o menos morboso, sino además de atención para estos fenómenos internos y de reflexión para meditar sobre ellos, podrá decirnos algo interesante cuando pretenda juzgar los ajenos sueños sobre testimonios aportados por su vecino. No se ocultaba a Mairena que estos testimonios, por lo demás, eran en gran parte relatos de mujeres histéricas y chismosas, que mienten más que hablan, o confesiones insinceras de hombres curiosos y temerosos de su propia intimidad, de la cual saben ellos, no obstante, por autoobservación, más de lo que pueda revelarles su confesor. Era Mairena un tanto rezagado en psicología, escéptico en psicología experimental; de los psiquiatras no habló casi nunca, y de los psicólogos *behavioristas* dijo alguna vez: son los hombres, por excelencia, que debieran dedicarse a otra cosa. Era Mairena un fanático de la psicología autoinspectiva, y de aquella otra complicada con la fantasía creadora, de algunos poetas y novelistas, como Shakespeare o Dostojevski.

El sueño de Juan de Mairena, muy retocado por la literatura, contenía un vaticinio a corto plazo, en realidad frustrado, porque la guerra europea tardó todavía cinco años en estallar. Hay que reconocer, sin embargo, que ella se estaba hinchando, como la rana de Lafontaine, y que el estallido

era ya inevitable. Pero los discípulos de Mairena no repararon demasiado en la profecía. No faltó, en cambio, quién señalase que la inquietud creadora del ensueño, aparecía en él totalmente invertida con aquella Real Orden, que suprimía una cátedra voluntaria y gratuita, y no, precisamente, la otra, que surtía efectos en el estómago de su titular. La observación era menos sutil que maliciosa. Mairena, sin embargo, la escuchó sonriente, pensando que no siempre la malicia se chupa el dedo. «Reconozco, en efecto, que los ensueños pueden estar algo complicados con las funciones digestivas. Habéis de concederme, sin embargo, que un hombre dormido, cuando sueña, es algo más que un estómago desvelado». La clase asintió en masa a la afirmación del maestro. No faltó tampoco quien hiciese observaciones algo más profundas. «Lo verdaderamente original del ensueño — dijo un joven alumno muy avanzado en la sofística — no puede consistir en la supresión de una cátedra gratuita, para lo cual basta con retribuirla, sino en la supresión de una cátedra voluntaria, que no puede convertirse en obligatoria. Porque ¿quién pone puertas al campo, querido maestro? ¿quién podrá impedir que nos reunamos en su casa de usted, o en alguna de las nuestras, para charlar en ellas como hacemos aquí, sobre lo humano y lo divino? Sólo a un soñador, en efecto, puede ocurrírsele cosa tan peregrina como es la supresión por Real Orden de una clase como la nuestra.

Mairena quedó bastante complacido de la breve disertación de su discípulo. «Muy bien, amigo Martínez; ya estudiaremos, en nuestra clase de Retórica, el modo de decir eso en forma más concisa e impresionante. Y ahora — añadió

Mairena, después de consultar su reloj — ¿querrá decirnos algo el señor oyente?

Que habria mucho que hablar — respondió el interrogado — sobre lo voluntario de lo obligatorio y lo obligatorio de lo voluntraio. Es problema arduo, litigioso, que pudiéramos dejar para otro día.

En cuanto a la figura del acusador, todos estuvieron de acuerdo en que no había porqué ataviar a la española — con sotana y tricornio — cosa tan universal como es la estupidez humana.

ANTONIO MACHADO

ALGUNAS POESÍAS

DE MIGUEL DE

UNAMUNO

DEL *CANCIONERO* INÉDITO

I

RASCACIELOS

Un nogal cobija a la choza
y el alba se pliega a su techo;
los rascacielos termiteras
a la rasca ahuyentan al cielo.
Del fogón la humareda surge,
respiro, suspiro e incienso;
la copa del nogal la cierce,
sahuma del sol el brasero.
Al gallo zagal sin vecinos
— no hay calle — se sale al sereno,
y al ver recojerse la estrella
se emboza sobre el verde en cielo

26 X 928.

II

Cierra los ojos y sueña
el más acá de tu vida.
En las tinieblas se enseña
saber que a la luz se olvida.

30 X 928.

III

RELIGIÓN DE LA PATRIA

Qué judiada te hicieron, Jesús, los romanos!
Espurriaron tu sangre a los necios judíos,
se lavaron las manos,
que así son, Señor, los pretorianos,
litúrgicos e impíos.
Religión de la patria! Su oficio maldito
ganapanería que encubre delito;
quémala, Señor, de tu amoral fuego,
de entre sus cenizas ángeles renacen,
y a los pretorianos luego
perdónalos, mi buen Dios, pues no saben lo que se hacen.

12 XI 928

IV

OFELIA DE DINAMARCA

Rosa de nube de carne,
Ofelia de Dinamarca,
tu mirada, sueñe o duerma,

es de Esfinge la mirada.
En el azul del abismo
de tus niñas — todo o nada,
«ser o no ser» —, es espuma
o poso de vida tu alma?
No te vayas monja, espérame
cantando viejas baladas,
suéñame mientras te sueño,
brízame la hora que falta.
Y si los sueños se esfuman
— «el resto es silencio» —, almohada
hazme de tus muslos, virgen
Ofelia de Dinamarca.

23 XI 928.

V

Eres, vilano, hilo en vilo;
a qué manto irás a dar?
nuestra vida está en un hilo
que el viento viene a quebrar.
Hilo en vilo eres, vilano;
cuando te alcanzo al volar
me tiembla de fe la mano
y no te logro enhebrar.

12 XII 928.

VI

Vera a la sal, alma de fuego
cristalizado,
levantino diamante erótico,

aristotélico
conceptista del mar latino,
Auzías Marcha.

13 XII 928.

VII

CÓRDOBA

Saavedra, Lucano, Séneca,
Córdoba.

Roma canta en la mezquita.
Guadalquivir medita
el sueño de Abderramán.
La vida, fuerza del sino,
vida en tragedia,
tragedia en juego, Lagartijo;
en las ermitas
sestean capeadores del Señor.

13 XII 928.

VIII

BURGOS

Burgos, cabeza de Castilla,
Santo Cristo de la materia
— *réprobo el que cuelga de un leño* (Gál. III 13) —
Frente a Alfonso, en Santa Gadea,
el Cid que estafa a los judíos,
campeador, capeador de tierra.
La Cartuja conquista Nada;

sueño preso huelga en las Huelgas ;
de sed pasa Arlanzón mezquino,
y al sol de Castilla se hiela.

13 XII 928.

IX

Cállate aquí, que te oiga los latidos,
pasos del corazón
— pero fuera... al sereno... esos ladridos?
de qué? díme qué son?...
El... Ella... No sé qué... díme qué augura...
no me lo digas... no!
arrimáteme más... no tengo cura...
la que tuve pasó...
El peso del vacío me levanta
y el piso se me va...
arrimáteme más... la noche canta...
pronto no cantará...
Pasos, pasos... son pasos de paloma...
Ha olvidado volar...
al rincón de la cuesta de la loma
el nido a que velar...
Cállate, que ya sube del abismo
el silencio final...

.
Las veces que dijeron esto mismo...
y siempre original!

10 I 929.

X

Sosiega un poco, corazón, la mano
de la boca, y escucha ; no estás solo.

Sí, ya sé que te miran en silencio
 las otras bocas, más no tienen ojos...
 Echate, corazón, en el sendero,
 arrópatelo un momento con el polvo,
 duerme una noche del Señor siquiera
 una noche en que calle y pase todo...
 Y si no te despiertas? Dónde? díme...
 En tu pueblo, en su pecho generoso?
 Mañana... ayer... quién sabe... no sé nada...
 Aquieta, corazón, la mano un poco...

22 I 929.

XI

TEOLOGÍA

« Dios es una cosa... »
 (Catecismo del P. Astete).

« Que estás en los cielos... » Luego
 más que un Ente es un Estante
 que allende todo sosiego
 guarda, primer Abarcante,
 la Cosa del P. Astete,
 el Estante no causado
 donde, con sello, se mete
 el orden, razón de Estado.

3 II 929.

XII

Hechos, XIO 34.

Grande es la Pilarica de los aragoneses!
 No quiere ser francesa, Lourdes de los franceses!

Su dios a cada pueblo, Cristo de los cristianos:
grande es la Pilarica de los zaragozanos.
El Pilar, una piedra a cuyo pie va el Ebro;
al otro lado, el Coso, que a la piedra hace quiebro.
Medieval Compostela, los Austrias: Guadalupe;
el Pilar los Borbones, la gloria no se tupe.
Grande es la Pilarica, más grande Zaragoza.
Agua que lleva el Ebro, y en el agua ¡que broza!

31 III 929.

XIII

Topo Edipo surca el seno
de su madre, va buscando
la raíz, el pecho lleno
de tinieblas, va cavando...
Hijo heroico de la tierra,
la ha labrado, y por su amor
se ha cegado ¡ay la perra,
vieja Esfinge del Señor!

7 V 929.

XIV

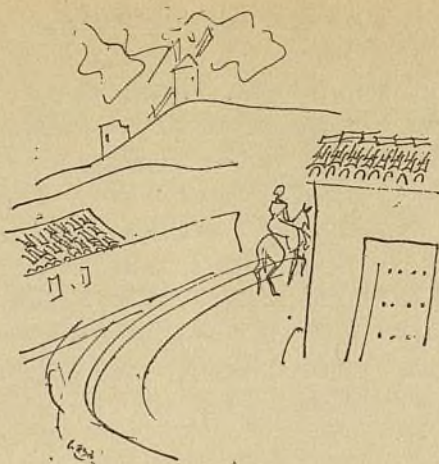
Lope de Vega, claro, de improvisó:
«Si el cuerpo quiere ser tierra en la tierra,
el alma quiere ser cielo en el cielo».
Pero debe enmendársele el inciso:
«Si el cuerpo quiere ser cielo en la tierra,
el alma quiere ser tierra en el cielo».

13 V 929.

XV

Pasar de la camilla del brasero
a la cama, ya el cuerpo atemperado,
y gustar en abrazo a flor de cuero
un amor sin entrañas, sosegado.
Hacerse sueño de dormirse juntos,
raíz de la costumbre consabida,
mezcla de olvidos, junta de difuntos,
y así a la prole traspasar la vida.
Burgueses proletarios dan sustancia
al caldo — que no sangre — sustancioso
de la raza, que vuelta pronto rancia
nos deja amarga sal en recio poso.

r XI 929.



INTRODUCCIÓN A UN APOCA- LIPSIS DE CERVANTES

ENTENDIMIENTO: MAESTRO DE VICTORIAS

Estamos en tierras de la Mancha. El paisaje es sucinto, sobrio; la llanura, ondulada de alcores, camina con paso lento y firme, a un horizonte largo. El día es claro y el ambiente de una limpieza tanta, que se siente la alegría letificante de las anunciaciones. Porque en la anchurosidad de los campos, a solas con el fervor pausado de la naturaleza,

hay momentos en que desaparecen todos los obstáculos y uno tiene la sensación clara de que algo magno va a ocurrir, como si allá en los fondos se levantase la Vida para emerger, ante ojos atónitos, monda y lironda, limpia, toda nueva y magnífica. Incluso el trabajo que implica la consecución de un vivir puro y neto, es eliminado de la mente en tales momentos de gozo. Y es que las anunciaciones se caracterizan por ser de corazón más que de pensamiento; se sienten más que se razonan, o, por lo menos, el sentir es lo primero en ellas; el laude es de razón, pero no el júbilo; es el corazón el centro de lo jubiloso, por eso el corazón chorrea y se expande, brinca y se levanta, y como en ese su movimiento jubilar remueve zonas puramente neumáticas, el espíritu entra en funciones y ya es la razón quien dice: alabado. Y todo, en soledad mayúscula:

Una llanura escueta, en el silencio.

Allá, el temblor de un chofo.

La soledad rebrinca jubilosa.

Sólo en la soledad sonora o música callada de los campos; quieto en una estada fértil:

*Sólo y vibrante, como el chofo al viento
con millares de almas temblorosas,
de fervor angustiadas, siempre abiertas
hacia los cuatro puntos cardinales.*

Crece la tensión lírica; todas las riendas están a punto de romperse y el sujeto es en riesgo de salir disparado por sobre toda realidad, razón o axidero. Más los campos, estas tierras anchas donde nos encontramos, disponen de advertencias saludables: sobre una piedrecilla donde quedó prendida la mirada sin saberlo, se ha movido un pequeño ser, un lagarto chiquito al que sus pocos días no han ocultado la sabiduría magna de empaparse de sol: «Buen lagarto; bebe tu sol». Y el menudo acontecimiento ha oficiado de válvula por donde saliera un poco de la demasiada presión, que ponía la máquina en riesgo de emprender una

carrera loca. Porque además de romper el hilo y no estar atento a lo que parece se anunciaba, hubiera sido lástima perder el detalle de este buen día en el campo manchego. Día con magnífico sol; luz de fina transparencia; las tierras ganaderas con gualdos pastizales, verdinosos a trechos; hay, también, pequeñas zonas labradas, limpias, peinados de surcos el ocre, el siena, el gris; se ve alguna rarísima chaparra que da sombra al labrador en los agostos; y la finura verde gris de las retamas, puestas como un temblor en el vientre de los alcores. Y basta.

¡Cómo transcende el sonido en los campos silenciosos y abiertos! Un gran cazador ha dicho que el andar sin hacerse oír, en medio de los campos, es un verdadero y difícil arte. Una voz humana ha llegado al oído. Por el camino avanzan dos figuras: una alta y magra, sobre escuálido caballo; otra achaparrada y maciza, sobre un asno; el diálogo de estos dos hombres se tiende por el silencio campesino. Caminan al humor de las bestias, sin prisa, sazonando el camino con la plática; se adivina que no van a ninguna parte, bien porque no les importe aquel otro sitio o trozo de la tierra donde pudieran llegar más pronto si avivasen, o bien porque su faena tiene lugar en cualquier punto donde se encuentren, el caso es que caminan en perfecto reposo y con seguridad, a conciencia de que hacen lo que deben; por eso han dejado las bestias a su paso y con la rienda floja, pues se ve a estas, mientras que andan, tirar bocados a los yerbajos que bordean la senda. El lirismo alto que flotó un instante por los aires ha ceñido el vuelo, y ahora todo es cotidiano y bonachón, perfectamente natural: un campo de la mancha; dos caminantes en la lejanía; nada inacostumbrado; porque esta alegría sana que retoza, es algo frecuentemente saboreado en los buenos días campesinos. El hecho de ver ya más de cerca a los caminantes, notar la estrambótica figura y atavío de uno de ellos y hasta oírle retazos de su fantástica charla, no es anuncio del magno acontecimiento que se nos preludió al comenzar y más bien lo contraría y aleja, porque lo grotesco, lo intempestivo, lo anormal, producirán estupefacción incluso, pero no aquel gozo que nos bañaba por entero. ¿Va a ser todo una pura ilusión que se desvanece? No, es que el aparato intelectual entra en funciones; el gozo va a ser, debe ser, íntegro, por eso lo propincuo del acontecimiento elimina todo posible motivo de beodez.

Atención. Va a surgir lo imprevisto inteligente, y, como tal, lo hará de un modo sencillísimo:

En la cinta endurecida del camino, suena de pronto y bien cercano, el portante de una bestia. Los dos caminantes embebidos en su charla fantástica, no se han dado cuenta de nada, hasta que les pasa un hombre sobre «una muy hermosa yegua tordilla». El hombre ha saludado brevemente al pasar, como es uso en los caminos españoles.

Pero los ojos se van detrás de ese caballero que viste «un gabán de paño fino verde, jironado» o adornado en el ruedo con triángulos «de terciopelo leonado»; la montera es del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua, de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde. El caballero lleva «un alfange morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes», que de acuerdo con la buena escuela, son ceñidos de pie y pantorrilla y ancha la boca a la altura de las rótulas, ostentan la misma labor del tahalí; las espuelas «dadas con barniz verde, tan tersas y bruñidas que, por hacer labor con todo el vestido», parecen mejor que oro puro.

La estampa extraordinaria ha dejado en silencio a los dos caminantes. Es además insólito, que un caballero tal, según su atuendo, camine solo por medio de los campos, sin escuderos ni mozos de compañía. Este hombre no puede ser un vulgar cualesquiera, puesto que su arreo magnífico, y su soledad, son llevados por él de modo tan natural, firme y espontáneo, que aparece en ellos como en propio elemento: de todo su atavío que le encubre como la piel de su cuerpo, se enseñoorea con perfecta naturalidad; nada en él aparece sobrepuesto, todo parece haberle crecido del interior, en correcta biología de cuerpo sano, hasta el verde gabán.

A ver, a ver.

El caminante flaco y estrambótico, que es además curioso y entrometido, no pudiendo alcanzarle por no consentirlo las energías del jamelgo que monta, le da unas voces requiridoras que llevan en sí de saludo y de curiosidad.

Se ve que la yegua tordilla hace piernas remetiéndola redonda y almoharada culata de lustroso pelo, y que luego se revuelve ágil sobre las patas traseras, para quedar sesgada y nerviosa, en el camino. Al Caba-

liero le revoló en la vuelta, el amplio vuelo jironado de su gabán verde: aire, aire.

Pasó de largo — dice en tal postura — por temor a que con su yegua, se alborotase el caballo.

Entendido y amable es quien sabe y procura esta disculpa de un paso rápido, pues es molesto en grado sumo el refrenar y meter en caja a un caballo alborotado por el tufillo a yegua. Buen caballero quien sabe amabilizar hasta ese extremo, incluso con un primer y estrambótico encontrado a quien no conoce y sobre el que se va a empistar ya mismo, pues el achaparrado y gordete y rústico acompañante del espigado y flaco caballero, dice, a su manera, de lo tranquilo y honesto que es el caballo de su amo, virtudes ambas que, según transparecen las palabras del aldeano, son debidas no se sabe si a los muchos años, a la mala alimentación del caballejo, o a las dos causas juntas.

Ni el rostro aguileño, encuadrado por algunas canas en las sienes; ni los ojos que miran entre alegres y graves, de el hombre del verde gabán, han denotado burla, ni sorpresa, ni lástima al escuchar las palabras del rústico.

El Caballero flaco propone seguir juntos el camino, y el del verde gabán que es hombre abierto, acepta. El flaco, que es hablador, pues le hierva de afanes el pecho, ha de decir, y lo primero, como es lo procedente, su nombre y profesión: sépase con quien se habla:

El es Don Quijote de la Mancha, Caballero Andante. Y seguido aprovecha para hacer un elogio de la Caballería y sus libros. El otro, contesta que tiene los tales por de pura invención y entretenimiento.

Y es Don Quijote quien se revuelve, manteniendo la veracidad auténtica de tales libros, defendiéndolos con razones de una índole que el del verde gabán le juzga un pintoresco mentecato. Pero ese juicio lo guarda en su interior; que su corrección y sabiduría del mundo, o más exactamente de la convivencia y vida de relación, le impiden que exteriorice opiniones que pueden ser equivocadas como hechas de pronto y con pocos datos.

Convivir; relacionarse con el prójimo; poner todos los medios para que las vidas individuales se suplan unas con otras y entre ellas se establezcan corrientes de inteligencia: gran lección. De ahí que el Caballero,

tras de asomarle esa opinión de Don Quijote Mentecato, no sólo no se le separa y sigue su camino, ni se burla de él, sino que corresponde a la presentación que de sí mismo había hecho el estrambótico hidalgo, haciendo la suya, dando los datos para ser conocido: El es hombre no inmensamente rico, pero sí de posición holgada; vive con su mujer y un hijo mozo; ejerce la caridad sigilosamente; no escudriña las vidas ajenas; procura poner paz entre los desavenidos; va a misa a diario y, caso raro en la sórdida y esquiva vida española, come, a veces, con sus vecinos y los invita a mesa limpia y abundante.

Atención a este hombre que respeta la personalidad e intimidad de cada uno y que sólo roza estos sagrados cuando la disensión viene a separar a los hombres, porque es ahí donde él llega procurando poner paz en los desavenidos. Atención, a este hombre, que abre su casa en convite sin ostentación, que es alegría de relacionarse; pregón, por el hecho, del beneficio de la convivencia. Amabilizador de la vida; propagandista no enfadoso de respetos y afectos; maestro de claridades puesto que trata de entender y que la gente se trate, sin fingimientos enfadosos, para que se entienda.

Y este hombre ha dicho sus palabras con tal veracidad que son indudables, y a Don Quijote y Sancho les parece un santo.

A ese vislumbre, el Caballero no ha podido menos de sonreír; en sus ojos hay una pequeña, fugitiva sombra de melancolía; su nariz adunca estremece un punto las móviles ventanillas y seguido dice, que sus ocios los divierte en la caza, no con galgos y halcones que no tiene, sino con algún perdigón manso o algún hurón atrevido.

La diversión, como aptitud del ánimo y potencia de alegría, capacidad de fruir aún de lo más humilde, sin dependencia de las cosas externas, un macho de perdiz o un hurón bastan, animales que cualquiera puede tener sin dispendios. Rara siembra la de este caballero, en el austero surco de la arisca vida española de sus días. Cuando el mundo español agoniza de consunciones; cuando España entera tiembla y se arrodilla, suspensa entre el temor al infierno y los halagos del mundo, razón por la que se revuelca frenética en vigiliadas adelgazantes y pajizas, al par que saborea la carne con la prisa hambroña del ladrón de alacenas, untándose, con la urgencia, en pringue de pecado, para mejor arder

en humazo de hogueras de purificaciones; cuando España, en fin, se viste de negro, este hombre aparece con un florido gabán verde, pone entre misa y misa, un convite, y divierte el ocio con la coloreada y crespa arrogancia de un macho de perdiz, señor de rastrojeras y sequerones.

Caminar, caminar. El caballero tiene libros, unas docenas de libros, en su casa. Su hijo sabe el latín y el griego y es poeta.

¡Cómo se exalta Don Quijote con el elogio de la poesía! Más el Caballero dice sosegadamente que hubiera querido al hijo hombre de leyes o teólogo.

Erasmus y Hebreo habían de ser aludidos en el elogio de esas dos disciplinas. Ciencia de Dios y ciencia de los hombres, porque en vivir sujeto a la ley y en saber hacer leyes, es en lo que se distinguen el hombre civilizado del salvaje. Pero Don Quijote, no quiere oír más, y pensando que el Caballero pudiera haber contrariado la vocación del hijo, se extiende en consideraciones sobre ellas y sobre la poesía, que el del verde gabán diputa por muy discretas.

Y aun no acaba lo que da de sí este hombre que se ha vestido un inusitado, lujoso y magnífico gabán verde, pues cuando su acompañante acomete, ante su vista, la aventura de los leones, el del gabán, no sigue luego solo su camino, dejando a Don Quijote en medio de los campos, como parece que sería lo razonable para un súbdito del delfín, sino que se le une de nuevo, siguen la plática como si tal cosa y lo lleva a su casa invitado.

La casa es grande, ancha. Todo está en ella limpio y ordenado. Para conocerla conviene empezar por la entrada: la casa tiene un amplio zaguán que... Pero no, en esta casa hay, sobre su arquitectura y arreo, algo importantísimo, que atrae seguidamente el ánimo y lo prende con lazos inefables: «en la casa hay un maravilloso silencio».

Maravilloso es el silencio de la casa. No un silencio cualquiera, sino maravilloso. No un paréntesis de roca entre la bulla; ni una ausencia mortal de sonos, páramo del que la vida hulló, sino al contrario, el silencio caliente de los nidos.

¿Será posible que te estés en silencio dos minutos, espanta pájaros?

¡Calla!, ¡calla! ¡Escucha!

No oigo nada — responde este con miedo y angustiado.

Eso: nada, el silencio de los campos, ¿te parece poco?

¡¡No cantes!!

Es que tengo miedo.

¡Espanta pájaros!

Las aves magnas del silencio, muertas, traspasadas por la flecha herumbrosa de la bulla.

El silencio de la casa: que no es hecho por suspensión de alientos en pechos conturbados; ni es silencio de botarga, animal harto que se tapió hasta el alma de bazofia; ni silencio de desmedros; ni de acecho; ni de ocultaciones; ni de montón de borras lanares; ni de ladrón que roba las nueces una a una.

Si no silencio de maravilla, maravilloso, remanso claro, fértil, de perfectos hombres.

En este ambiente pasa cuatro días el Caballero de la Mancha. Su profesión no tolera una estancia más larga. Y cuando el del verde gabán se ve en trance de despedirle, le dice sencillamente que tome para el viaje lo que quiera, de cuanto hay en la casa.

Y esa oferta sencillísima, cierra, como un desvanecido de luz en la pantalla, la figura plástica del Caballero del Verde Gabán, que ya se nos traslada íntegramente a las entendederas.

Porque esa figura, es la más cabal y espléndida de todo el Quijote y, acaso, la más interesante de nuestra literatura, desde el punto de vista de la inteligencia. La persona como el ambiente que le rodea, que es una creación, producto o emanación del individuo mismo, son claros, netos, justos, hasta el punto de que el tal Caballero viene a ser en el cosmos español del Quijote —acaso en toda España— algo así como punto de referencia a metrón ideal: le falta o se pasa en tanto, puede decirse de figuras o personas, con referencia a tal medida. Porque el Caballero del Verde Gabán es la raya, ese límite que tiene en la boca nuestro pueblo, que si por magnanimidad transige, a veces, con lo enano, condena la presunción y falta de medida que consiste según él, en *pasarse de la raya* o límite, en extra-limitarse, hacerse forastero y achicar la visión de lo propio por esa razón de forastería o ir más allá de límite. No estirar los pies más allá de la manta es gran lección.

La inteligencia busca el fiel, el peso justo, el arquetipo de las pondera-

ciones, porque con la mente fija en él, sabemos cuanto se roba cada día a las consideraciones debidas.

El del Verde Gabán puso el magno fielato a la entrada de la Sociedad, y en él se nos dice, con silencios expresivos, como está ella poblada de matuteros.

Porque España entera ardía —se ha visto y se está viendo 1936, 37, 38— en ansias y majezas por colar matute, suplantar fórmulas por un *me da la gana*.

Y el del Verde Gabán es lo más anti-engana o anti-engaño que puede concebirse.

Porque es norma inteligente y viva y bien vestida; es lo anti-en-camisa; ¡cómo que gasta Gabán!

El Caballero de que tratamos es lo más contrario a quedarse en calzas y estirar la pata en los divanes.

Lo más contrario a la disculpa propia, porque entiende de responsabilidad.

Lo más contrario a la arrogancia matonil, propia de una sociedad que carece de norma.

Porque norma, es forma, o fórmula, o ley a observar.

Y es más fácil andar sin formas, que atenido a éstas. — Por eso se sublevaron los que se sublevaron: 1936.

Y no habla sólo de leyes en camiseta, hechas, o queridas hacer, por hombres que quieren distinguirse por estar en camisa —azul, negra, etc.— sino de esas otras que se da a sí mismo el individuo y transparecen en su conducta hasta durmiendo.

El Caballero del Verde Gabán, en su rápido paso entre nosotros, se delata como poseedor de un concepto humanísimo del Mundo. De seguro que jamás se enfadó hasta la gesticulación nerviosa y descompuesta; pocos disgustos debió dar a nadie; ¡es tan comprensivo! lo cual no tiene nada que ver con la manga ancha.

Su expectación serena denota, además un corazón inmenso.

*

El sabio Dinarco, en el *Diálogo de la dignidad del hombre* del maestro Pérez de Oliva, en un día tibio y junto a una fuente, lugar de su

diario esparcimiento, y en el que se reúne con sus discípulos, dice como prelude a los discursos de dos de ellos, unas palabras admirables:

«Sentaos todos de manera que podáis tener reposo».

No he visto nunca más precisa y elegante llamada a la inteligencia, que como es sabido viene de *inteligere*: entender.

Y yo he creído bonísima la cita, para cerrar esta introducción que ha versado sobre el Caballero del Verde Gabán.

ANTONIO PORRAS

DOS POEMAS

DE CONCHA MÉNDEZ

VINE

Vine con el deseo de querer a las gentes
y me han ido secando mi raíz generosa.
Entre turbias lagunas bogar veo a la Vida.
Deja estelas de fango, al pasar, cada cosa...

Y hablo así, yo que he sido vencedora en mi mundo,
porque pude vencerme y vencer a deseo.
Pero no me he querido engañar inventándome
una imagen equívoca. Me forjé en cuanto veo...

No despierto a una hora que no traiga consigo,
en un sordo silencio, una queja enganchada.
Tiene el alma un oído que la escucha y la siente
y recibe esta queja con la pena doblada...

*«La vida es ciervo herido
que las flechas le dan alas».*

Góngora

Me levanté hasta el sueño. En busca iba
de no sentir la herida que abrasaba.
Las duras flechas del dolor hicieron
brotar en mí el clavel de nueva llaga.

Corriendo al par carrera con el viento
y perseguida por amante llama,
la vida es ciervo herido sin remedio
que las flechas le dan veneno y alas.

UN DISCURSO

Coincidiendo en la fecha con la de un mes antes del segundo aniversario de nuestra lucha, el jefe del Gobierno Dr. Negrín pronunció un discurso desde Madrid para todos los españoles.

Muchas son las virtudes del discurso, pero sobresaliendo de todas las sensaciones que experimentamos al escucharle y envolviéndolas se daba una, la más íntima, la más perdurable. Y era la del sentirse íntegramente representado en cada pensamiento y aun más todavía, en algo más profundo que los pensamientos: en la raíz honda, en la actitud moral y vital de donde los pensamientos emanan. Escuchándole, nos sentíamos dentro de nosotros mismos. La voz del Presidente, fenómeno raro tratándose de un discurso político, parecía llegarnos de una intimidad transparente que fuese a la vez la de todos, de una intimidad cuyo recinto fuese España entera.

La dificultad mayor que ha existido quizá frente a la política era esta separación de la sensibilidad, de la intimidad que quedaba siempre divorciada del pensamiento cuando este lograba comprender. Pero las circunstancias que atravesamos los españoles han realizado la superación de muchas oposiciones, han salvado muchos abismos con la mayor sencillez. Uno de ellos ha sido este de la separación entre lo íntimo y lo político

Así ha de ser forzosamente, cuando lo político llega al grado de grandeza por su humanidad que ha llegado a través de nuestra lucha. Con todos los respetos que merece la política y sin ningún menoscabo, podemos decir que la política ha dejado de serlo, superándose a sí mis-

ma en el discurso del Presidente del Consejo; discurso que pertenece en su expresión a uno de esos momentos históricos en que un hombre de gobierno es ante todo y por encima de todo, eso: un hombre.

Un hombre, un español; nada más y nada menos era quien nos hablaba, y así sentimos removerse dentro de nosotros los más profundos posos de nuestra intimidad, de nuestro ser más íntimo y verdadero. Sentimos entrelazados a través de sus palabras, lo más entrañable junto con lo más objetivo: nuestros sentimientos de españoles, nuestro amor casi terreno, nuestro apego a la tierra y al cielo de España, nuestra imposibilidad de desprendernos de ellos junto con nuestro destino moral de pueblo, de hombres.

No, el sentido de la Patria —ya nos es permitido usar de la palabra, de esa palabra que hemos reconquistado purificándola con el dolor— el sentido de la Patria no es un mito, sino una realidad absorbente que reclama un amor sin salvedades, una realidad tiránica como todas las realidades, pero cuya tiranía es nuestro propio ser, tiranía dulce e irrenunciable. La sentimos alentar por sobre nuestra misma vida individual, más allá de la angustia y de la muerte, única justificación de la miseria, del dolor de la guerra. Así lo expresó clara y maravillosamente el Dr. Negrín: «¿Luchamos o no por la independencia de España? ¡Ah!, si no fuera así, ni un segundo más de guerra, ni una gota más de sangre. No dejaríamos que aumentasen la angustia y el dolor. Pero se trata de la existencia de España como país libre, y ante eso, el sacrificio no puede tener tasa ni medida».

No puede tenerlo, en efecto, porque en la existencia de España va implicado además, algo que trasciende de ella, algo que trasciende de la dignidad de nuestra lucha, y es la entereza misma del hombre, la integridad humana. Y si la idea de España crece y se agiganta, es porque lleva consigo todo aquello que al ser humano le hace digno de su nombre y de su puesto de excepción en el cosmos, es porque luchando por la existencia de España luchamos y afianzamos el sentido de la existencia humana, su rango en el universo. Por eso lo más objetivo se ha unido a lo más íntimo: el amor a la tierra, el amor físico al terreno, al color, a los árboles y a los sonidos queridos y familiares marcha entrelazado con el destino más alto, más universal de lo humano

Sentimos adherirse íntegramente nuestro ser, nuestra conciencia, nuestro pensamiento, nuestros impulsos a la palabra del Dr. Negrín cuando afirma: «Mientras haya un puñado de tierra nuestra; mientras haya un pecho en que palpita un corazón español; si está en juego el porvenir de nuestra tierra, se sucumbe o se vence. Y se vencerá». Así es; el Presidente del Consejo, era todo el pueblo español cuando así se expresaba.

DOS AÑOS DE GUERRA

En este mes de julio se cumple el segundo aniversario de la guerra. El tiempo mismo parece haber cambiado en la forma de su transcurrir. Fuera de España, el tiempo sigue su curso normal; dentro de ella las horas pobladas por la muerte, los días colmados de ansiedad y esfuerzo son por completo diferentes. Sintiéndonos en el centro de las miradas del mundo, nos parece, sin embargo, imposible dirigirnos a él. Vivimos un tiempo distinto. La integridad de nuestro destino afrontado con la sencillez de la vida y de la muerte, con la sobriedad de un sí y un no, nos hace casi incommunicables con todo lo que es rodeo, huida, contemporización. Sólo quienes nos aman nos acompañan, solamente los que comparten entre nosotros o a distancias a veces lejanísimas nuestra angustia y nuestro empeño. Para ellos el testimonio de nuestra fe en esta fecha de un repetido aniversario. Y para nuestros muertos, el perenne, inacabable recuerdo; la inquebrantable fidelidad.

EL CULTO FAMILIAR

LA MORADA

Lejos están los tiempos
en que cruzando el mar
o las tierras ya abiertas
que no me pertenecen,
llegaré a la ciudad de la costa
como vuelve de un sueño
la razón sorprendida,
y con el corazón resonando horrorosamente
veré la casa en pie,
sus umbrales eternos,
y por la lúcida escalera de la felicidad
subiré hasta el amor inalterable
donde, como guirnaldas,
los brazos de una madre no envejecen.

Allí entero el hogar
con aquel que transido
llorará su ruína y mi regreso,
las hermanas hermosas como auroras
y sus hijos desconocidos
que habrán de sorprenderme como flores.

Ya allí, el aire nuestro,
nuestra y hermética
la íntima pasión de los recuerdos
balanceando en torno de las voces,
las miradas, los gestos de las manos singulares,
sus altos tallos que soportan tesoros de bruma.

Y al final mi estancia vacía,
con la soledad sobre el lecho,
más espantosa que nunca,
como un abismo sin frondas,
quieta.

E L E N A

Despertada,
sobre esas perennes violetas maternas,
al tumulto embriagador
de esos que cantan
o lloran cantando
mientras resuenan las bóvedas altísimas,
no sé si en el festín de los héroes
te habrás sentado, niña como eras,
pensando en tus sombríos juguetes de marfil,
o, si crecida
en la sabiduría y belleza de los bosques
que la tierra confiere,
puedes acaso,
entre el vino generoso de la inmortalidad,
refrescarles sus sienes extinguidas
a los vigorosos asaltantes de las tinieblas,

con tu rostro dorado
que trasciende a la patria.

Pero no les preguntes con zozobra ;
no inquietas, sangre tranquila,
sobre nosotros, nada.

Entrégate con los dignos
a ese frenesí del silencio,
bajo las anchas hojas de la muerte.

JUAN GIL-ALBERT

SÍNTESIS HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO TEA- TRAL EN CATALUÑA

Entre las distintas manifestaciones peculiares de su arte, destaca, en Cataluña, el teatro, actualmente sometido a una crisis profunda. De este estado letárgico no parece poder despertar por el momento, a pesar de las inyecciones cordiales que oficialmente le han sido aplicadas, durante los últimos años.

En realidad, la muerte de Guimerá, el primero y el más intenso de los trágicos catalanes, abre un paréntesis de decadencia a la actividad teatral catalana que, a pesar de la evolución constante del catalanismo político, no se ha podido cerrar. Y así vemos como en pleno renacimiento nacional, el pueblo catalán se ve obligado a pasar por la vergüenza de ver como su teatro vive de las reminiscencias de un pasado esplendoroso que va íntimamente unido a las evoluciones y fluctuaciones de la vida activa de Cataluña.

El teatro, por lo que contiene de la actividad de los pueblos y por el ejemplo que ofrece a esta actividad, debe ser considerado como el exponente más vivo y más humano de la vida social de las colectividades étnicas, puesto que la escena recoge, con auténtica fidelidad, la etología patria.

Por una parte, el teatro, por lo que tiene de popular, debe ser considerado como una forma artística generalizadora, aunque algunos autores contemporáneos, inconscientes de la responsabilidad que contraen los cultivadores del arte dramático, lo hayan considerado como una dege-

neración de la forma artística, a juzgar por la distancia que separa su obra de la capacidad receptora del público al cual se destina. Es evidente que el hombre que escribe para el teatro debe someterse a determinadas concesiones de fondo, en relación con toda otra manifestación artística, máxime si tenemos en cuenta que el arte dramático involucra una concesión substancial en el todo artístico; pero es evidente que tales concesiones no pueden pasar de cierto límite sin caer en una perniciosa degeneración del gusto, que convertiría el teatro en un elemento negativo y haría que éste perdiese toda su influencia social y de cultura popular.

En realidad, y al margen de determinados intentos esporádicos debidos a la iniciativa privada, los inicios teatrales de Cataluña los hallamos a principios del siglo XIX, período en el que hace su aparición José Robreño, autor-actor de excepcional dinamismo y síntesis de la más pura vocación teatral. Con él, espíritu inquieto y luchador infatigable, idealista ejemplar, el teatro profesional adquiere carta de naturaleza en Cataluña. Bajo su influencia determinativa y dentro de las formas rudimentarias de la época y de sus hombres, el teatro catalán se convierte en un poderoso elemento de reacción social y patriótica que las autoridades absolutistas intentan cortar de raíz.

Los sainetes bilingües o catalanes de Robreño eran inspirados casi siempre, en las luchas políticas que conmovían el país en aquel primer tercio del siglo XIX y constituían una sátira mordaz y ridiculizadora de los jefes absolutistas, con evidente exaltación de las ideas liberales que el infatigable precursor del teatro catalán defendía en el libro, en el romance y en la escena.

La primera obra de Robreño fué «Mosén Antón en las montañas del Montseny». En ella era recogido un episodio de la actividad facciosa de un tal mosén Antonio Coll, caudillo de una partida de apostólicos que operaban en tierras de Vich. El éxito de esta producción impulsó a Robreño a continuar su labor y en el transcurso de su accidentada vida llegó a reunir una lista de cincuenta títulos, la mayoría de ellos de marcada tendencia política, a pesar de tratarse de sainetes.

Es, pues, desde sus comienzos, que el teatro catalán se orienta socialmente y que se convierte en tribuna pública. Claro está que las dificultades, poderosas e invencibles, que se oponían al desenvolvimiento

normal de la escena catalana influyeron poderosamente en el pueblo, lo cual justifica que éste buscara, en el campo privado, aquello que públicamente le estaba vedado, por cuyo motivo se inició la actuación de los teatros de aficionados, que trabajaban de manera irregular, pero de acuerdo con las directrices señaladas por Robreño y por Francisco Renart, otro de los precursores, dedicado ya exclusivamente al cultivo del teatro catalán.

Si no pudiese reconocerse en Robreño otro mérito, bastaría con el que le corresponde como precursor del teatro, en Cataluña. Robreño, a pesar de los cincuenta títulos de qué consta su producción teatral, no llegó a crearse una personalidad literaria; pero sí es cierto que a él corresponde el mérito innegable de haber despertado en el pueblo aficiones y gustos que debían ser el comienzo de una verdadera y auténtica campaña de teatro catalán y de haber logrado desvelar la conciencia, casi dormida, de los catalanes de su época.

*

La verdadera reacción teatral la experimenta Cataluña durante los últimos meses de 1835, con la preponderancia creciente de los grupos de aficionados, que actuaban bajo la influencia directa de la labor realizada por Robreño y Renart y algunos otros, muy pocos, saineteros de la época. Pero cuando el teatro catalán llega a su plenitud es en 1854, momento en el que se calcula que pasaban de treinta los teatros de aficionados existentes en Barcelona e incalculable el número de los esparcidos a lo largo del territorio catalán. Todos estos teatros efectuaban, naturalmente, una labor de proselitismo ideológico que había de repercutir extraordinariamente en las primeras manifestaciones renacentistas del pueblo catalán, el cual dedicaba todos sus afanes al cultivo de los placeres de la estética.

Al margen de su labor externa, muchas de las sociedades que se dedicaban al cultivo del teatro tenían a su cargo la formación profesional de los actores, puesto que al producirse este movimiento expansional del teatro se presentó el problema, que no podía ser resuelto improvisadamente, de la falta de artistas para nutrir todas las compañías actuantes.

De estas cátedras surgieron artistas eminentes que más tarde dieron días de gloria a la escena catalana.

De la importancia que adquirió el teatro de aficionados en Cataluña es una prueba elocuente el hecho que sufriese persecuciones intermitentes por parte de gobernantes y profesionales. De los primeros, por creer —y no se equivocaban— que la acción desveladora del teatro, pródigamente esparcido por la extensa red de los aficionados, ponía en peligro su influencia dominante, y de los segundos, por considerarlo, equivocadamente, un elemento de competencia.

Pero, a pesar de todo, entre los aficionados se iniciaban Terrades, continuador de la obra de Robreño, José María Arnau, Federico Soler (Pitarra), Vidal y Valenciano, y tantos otros que luego, en el campo profesional, habían de erigirse en propulsores del Renacimiento.

«L'Esquella de la Torratxa», estrenada por Federico Soler en la sociedad de aficionados «Melpómene», que actuaba en el teatro Odeón, fué la base de la sección que con el nombre de «La Gata» fué creada en dicho teatro por el empresario Joaquín Dimes. Teatro profesional con el que se abrían las puertas a una nueva modalidad escénica que tanto había de influir en el apartamiento, de los escenarios de Cataluña, de la influencia afrancesada que habíamos heredado de los invasores y que dominaba a los autores poco afortunados de la época.

Cooperaron con sus obras a la actuación de «La Gata», teatro de baja calidad pero que tenía reservada una gran misión evolutiva y transformadora, Federico Soler, Conrado Roure, Vidal y Valenciano y José María Arnau.

*

En el transcurso de los dos años que duró la actuación de «La Gata» se operó la transformación del público, preparándolo para la admiración de obras de mayor empuje. Y así fué posible, gracias al esfuerzo de los autores de las llamadas «gatadas», que el público se acostumbrase al uso del catalán y que no ofreciese resistencia a un teatro secular, profundamente influyente en las transformaciones sociales del momento.

En el curso de esta trayectoria ascendente, el 4 de abril de 1865 se estrenaba, en el teatro de la Santa Cruz, el drama en tres actos, de Vidal

y Valenciano, «*Tal faràs, tal trobaràs*», que obtuvo un éxito señaladísimo. Con este triunfo de Vidal y Valenciano se consolidaba el verdadero teatro de Cataluña. Más tarde —el 6 de abril de 1866— «Pitarra» estrenó en el teatro Odeón, convertido ya en *Teatre Català*, «*Les joies de la Roser*», punto de partida de la copiosa producción del que tanto había de influir en el futuro del teatro catalán.

En el transcurso de esta evolución, esencial en el orden artístico, se formaba un estado de conciencia racial que había de ser la base de futuros movimientos colectivos, encaminados a conseguir el resurgimiento político-espiritual de Cataluña. Las masas populares se sentían asistidas por un teatro que, a pesar de ser rudimentario en el sentido psicoanalítico, tenía todas las características de un factor aglutinante de primer orden.

La constatación de este hecho fué lo que determinó al Gobierno central a dictar una R. O. firmada el 15 de enero de 1867 y que en substancia dice: «Visto el gran número de producciones dramáticas que se presentan a la censura escritas en los diferentes dialectos, y considerando que esta novedad ha de contribuir forzosamente a fomentar el espíritu autóctono de las mismas destruyendo el medio más eficaz para que se generalice el uso de la lengua nacional; la Reina (q. D. g.) ha tenido a bien disponer que en adelante no se admitan a la censura obras dramáticas que estén exclusivamente escritas en cualquiera de los dialectos de las provincias de España».

Esta absurda disposición, que tuvo una vigencia aproximada de dos años, dió motivo a los autores catalanes para introducir en sus producciones un personaje de habla castellana que convirtió en bilingüe el teatro catalán. Sin embargo, ello no fué óbice para que los autores catalanes continuaran su obra social y revolucionaria.

El teatro, pues, se movía al impulso de las evoluciones catalanas y si por un momento Barcelona apartóse de su camino étnico, dejándose arrastrar por una corriente exterior, pronto la gran fuerza social y racial del teatro se impuso nuevamente y con ello se afirmaba la racialidad catalana, aportando nuevas y poderosas manifestaciones de su vitalidad etológica.

Y con los ensayos de Víctor Balaguer, precursor de la tragedia catalana que más tarde implantó Angel Guimerá, se cierra el período cons-

tractivo del teatro catalán, en el transcurso del cual afianzaron su personalidad Vidal y Valenciano, Federico Soler, Conrado Roure, José M. Arnau, José Feliu y Codina, Francisco de Sales Vidal, Narciso Campmany, Pedro A. Torres, Francisco Ubach y Vinyeta, Joaquín Riera Bertrán y Víctor Balaguer, forjadores entusiastas todos ellos, de un teatro auténticamente racial y de una enorme preponderancia en la evolución y transformación social de la Cataluña del siglo XIX.

*

La aparición de Guimerá coincidió con una de las crisis más agudas del teatro catalán. Este había perdido todo su valor al caer en manos de hombres poco duchos que limitaron su labor artística a una descarada reproducción de cuanto se producía más allá de Cataluña. La escena catalana, en estas condiciones, perdió toda su relación con el pueblo, el cual desertaba de las salas de espectáculos cansado de tanta insubstantialidad y de no hallar contenidas, en el teatro, ninguna de las aspiraciones, de los anhelos o de las inquietudes de las masas. Y era así porque el pueblo había evolucionado en un alto sentido de superación espiritual y cultural, mientras el teatro se limitaba a un incomprensivo cultivo de lo tradicional.

Federico Soler fracasó a causa de no haberse sabido incorporar al ritmo evolutivo de un pueblo a cuya madurez tanto contribuyó. Feliu y Codina y Aulés fueron los causantes principales de la caída vertical de un teatro que ofrecía espléndidas perspectivas para el futuro, y Teodoro Baró, a copia de querer ser popular, descendió hasta el bajo nivel del escaso público que se mantenía fiel al teatro catalán, sin preocuparse de hallar nuevas fórmulas que permitieran recuperar el tiempo perdido en serviles adulaciones.

En estas condiciones aparece Guimerá, que viene a dar una inyección de vida a un teatro que moría de decrepitud, de vejez prematura, de inercia. Cataluña, gracias a la obra de los precursores, vivía un ambiente de superación espiritual y patriótica; un ambiente de saludable vitalidad racial; un ambiente de rebeldías internas que el pueblo no hallaba contenidas en ninguna de las obras estrenadas a últimos del siglo XIX.

Fué preciso que el genio constructivo de Guimerá dotase la escena catalana de un valor indiscutible de originalidad y de universalidad, para que el teatro de Cataluña recobrase su perdido prestigio. Su *«Gala Placidia»*, estrenada en el teatro Novedades el día 8 de mayo de 1879, señala los comienzos de un teatro mayor. Poeta de una gran fuerza interna, profundamente humano, Guimerá exalta las pasiones del pueblo y canta el amor como fuente fecunda de vida, por cuya razón su teatro se convierte en un poderoso elemento de exaltaciones patrióticas y de reconstrucción y de orientación social, cumpliendo, de esta manera, la altísima misión que en todo momento tiene reservada el teatro.

Guimerá señala, como hemos dicho, uno de los períodos más vivos de la evolución ascendente del pueblo catalán. La pujanza espiritual de Cataluña va íntimamente unida a la pujanza del teatro catalán. Eso quiere decir que sin el impulso aglutinante de Guimerá, el pueblo catalán, que sentía bullir en su interior los ideales de libertad que habían despertado en él en el curso de un pasado de ignominioso vasallaje, recogido y exaltado por los precursores, habría tardado mucho en manifestarse en la forma que lo hizo bajo la influencia del hombre que supo condensar, en sus obras, el espíritu de la raza.

El impulso dado al teatro por Angel Guimerá era obligado que ejerciera una lógica influencia en los medios literarios de Cataluña. Este fué el motivo por el cual se incorporaron al teatro otros escritores de mérito positivo que, desde ángulos distintos, vitalizaron nuevamente la escena catalana.

Entre estos autores deben destacarse los nombres de Alberto Llanas, cultivador excelente de la comedia ciudadana; Emilio Vilanova, sainetero y costumbrista ejemplar; José Pin y Soler, creador de la llamada alta comedia, etc., los cuales afirmaron la personalidad indiscutible de un teatro esencialmente catalán y profundamente universal.

En 1892 estrena por primera vez en un teatro público —el «Calvo-Vico»— Ignacio Iglesias. *«L'angel de fang»* obtuvo un éxito positivo. Iglesias no es de los que creen que el teatro sea un pasatiempo, sino una tribuna pública en la que deben recogerse los problemas vitales y palpitantes del pueblo. Y a este criterio responde toda la obra del poeta de los humildes, según calificación de Maragall.

¿Será preciso señalar la enorme influencia que en este sentido ha ejercido la obra global del ilustre dramaturgo? La labor social realizada por Ignacio Iglesias palpita todavía para que sea necesario el elogio.

Finalmente, entra en el campo escénico catalán la obra mordaz, irónica, quizás excesivamente cáustica en algunos momentos, de Santiago Rusiñol, dramaturgo sensible a todas las inquietudes humanas, que cierra el período de plenitud del teatro catalán.

Rusiñol se caracteriza por su humorismo melancólico, ditirámico y, muchas veces, negativo. El autor de *«L'auca del senyor Esteven»* se complace en señalar defectos, en ridiculizar instituciones y personas que forman parte del conjunto racial del que es parte integrante, sin ofrecer soluciones, pero con el deliberado propósito de hallarlas en las reacciones populares.

Desaparecidos de la escena catalana las figuras cumbres del renacimiento, con la muerte de Guimerá, Iglesias y Rusiñol, el teatro catalán entra nuevamente en un período decadente, que persiste todavía. La situación debe ser motivo de meditación serena y objeto de una sana reacción que permita dar, a la más popular de las manifestaciones artísticas, el impulso vivificador que tan necesario le es en estas horas de transformación social y de evolución constructiva de un pueblo que figura en las avanzadas de las democracias europeas.

MANUEL VALLDEPERES

“VIOLENCIA DEL DUELO”

ANTIGUOS CAMARADAS

Yo no he olvidado sus nombres
ni el color de sus ojos,
ni sus pasos, ni la adolescente alegría
en sus pechos reclinada.

Ellos lo saben, lo saben,
en el hoyo profundo de la nada
sin estrellas y sin ángeles.

Con su mirar extinto de antiguos compañeros
contemplan mi amargura y mi dicha consumida,
bajo el triste cielo de la guerra iracunda.

Contemplan mi corazón de llanto rodeado,
de negros pájaros mudos,
y los guijarros de mis lágrimas
ardientemente lavados por el recuerdo.

Ellos saben que sufro,
que la angustia mis sienes fustiga,
su danza de misterio bailando
sin ajorcas ni corona de mirto.

Habéis caído en la guerra,
con la soledad como nimbo,
camaradas
de dulces manos fraternales,
hermanos de los días felices.

Habéis caído en la guerra,
con la mirada encendida y el corazón
en alto,

con los tiernos ojos jóvenes
el ángel de la muerte invocando
y la gloria, desvelada gacela.

Vuestros nombres se adelgazan
en el viento,
pero vuestros brazos crecen paralelos
diariamente
para encontrarme en todas partes,
lo mismo que a los viejos árboles
que amabáis en la Tierra.

Quizá no os sea imposible volver
a ver el mar
a través de mis ojos,
ni a los niños que con nosotros jugaban
en la plazuela del barrio,
ni los naranjos, ni las constelaciones...

Aquí estoy, hundida en la distancia,
en la larga espera temblando.
en la ventana que mira a la muerte
recostada,
invocando los nombres de mis viejos amigos...

RITUAL DEL PAN

Naciste de los trigos de junio,
erguidos dulcemente en Castilla,
oh pan, substancial alimento
de los hogares obreros.

Las perdices, por el aire,
abrazaban tu espiga inocente,
en su vuelo,
mientras el labrador conquistaba,
en lid afanosa, día a día,
tu salvadora presencia,
tu beso perfecto.

Los molineros a puñados te cogieron,
igual que arena,
y te molieron pisándote,
desintegrándote, purificándote,

hasta volverte harina blanca
en la alta madrugada.

Y fuiste pan, mágico sustento
dorado en los hornos llameantes,
sencillo, inocente, tierno,
la cosa más pura.

Eres una fuerza entrañada
en la Vida.
No eres una rosa, sino un ansia
asida a todos los cuerpos.

Un grito, no una mañana.
Eres un ansia que no necesita
aclaraciones ni ser definida.
El hombre te siente. Eso basta,
en la blanda eternidad del tiempo.

Mas, oh pan, tu beneficio
difícilmente alcanza a las familias
proletarias,
a los pastores y a los gitanos.
Tu posesión es lucha que marca
en los brazos huellas exactas.

Por ti, el barrendero, el metalúrgico,
el albañil, el linotipista,
deforman sus días,
malgastan potencias y olvidan poemas.
Tu abrazo duele y tu victoria cansa.

Oh pan, tan sencillo, tan sin esfuerzo,
tan iluminado como eres,
por qué te VENDEN en los comercios,
por qué manchan tu memoria,
por qué ofenden tu miga, los hombres
burgueses que acaparan los trigos?

Por ti, para sentirte desnudo
en la mesa manchada de grasa,
para que te mordisqueen los niños,
los obreros van a las cárceles.

Cómo, cómo les cuesta ser dueños
de tu nombre, de tu tostada presencia.
Cómo, cómo les duele tenerte en la lengua,
oh, pan virginal de centeno y de trigo.

Cómo padecen por vivir de tu beso
y en sus bolsillos sentirte caliente,
antes de partir a la diaria faena.

Oh pan, espiga, revélate, álzate,
junto al trabajador maduro de angustias.

Revélate, álzate, entrégate,
todo entero a las manos honradas
que te cultivan, que te amasan, que te aman,
que te ganan.

No tienen astros, ni diamantes, ni relojes,
ni poemas,
ahora, en los campos y en las ciudades.
Sólo minerales negros que arrancan
con el alma pura y jadeando.
Sólo maderas, escobas, herramientas leales,
en sus manos honradas,
para ganarte.

Escucha, oh pan, este temblor subterráneo,
este ansia de ver el sol,
que se agita en los pechos trabajados.
Quieren ser cuerpos verdaderos,
hombres verdaderos,
montañas, mariposas, aire.
Quieren viajar en aviones,
en barcos de gran tonelaje y con música.
Quieren jugar a ser pintores, poetas,
y olvidar el aire fatal
que hasta aquí respiraron
en las fábricas de las Sociedades Anónimas.

Oh pan, álzate como un puño,
erguido, heroico, tremolante.
Elévate como un puño,
junto al puño del proletario,
levantado hasta el cielo,
para ganarte,
para reclinarte sobre un mantel limpio
que contemple las rosas del jardín,
los cuadros, el piano, las estatuas...

CONCHA ZARDOYA.



MIENTRAS ALLÍ SE MUERE

(FRAGMENTO DE NOVELA)

Aquel día Camino decidió abandonar unas horas a sus enfermos y acudir a la llamada de su amiga Africa Millares, que dirigía una especie de refugio infantil instalado en un viejo convento para albergar niños de orfanatos e instituciones benéficas que al huir las monjas, quedaron completamente desatendidas. En el ruinoso edificio incautado en los primeros días de la revolución por la Junta Protectora de Menores, había irrumpido Africa con un grupo de mujeres tan resueltas como ella, para recibir a las niñas medrosas y cazaras que en grandes autobuses llegaban de los pueblos amenazados por la proximidad de la invasión enemiga. Camino trabajó con Africa al principio de la guerra y recordaba nostálgicamen-

te la efervescencia de aquellas horas precipitadas, pródigas en confusiones y exaltados incidentes. Tuvieron que dedicarse tres largos días a limpiar el convento, vaciando cajones y armarios, de mil objetos inverosímiles que en heteróclito contubernio se amontonaban allí despreciados sin duda por incomprensibles o inútiles, en el primer asalto de curiosos a la hasta entonces hermética morada. En las celdas aparecían a menudo entre estampas edificantes y libros devotos, enseres de utilidad conocida cuya presencia allí resultaba difícilmente justificable. También a veces una novela asomaba su lomo coloreado entre una ringlera de volúmenes venerables cuyas encuadernaciones raídas parecían protestar de aquellas promiscuidades pecaminosas. Se ordenó todo antes de que las niñas llegaran con el afán de recibir las en un ambiente nuevo y claro, dándoles, en una sensación inédita, la certidumbre de que algo diferente empezaba.

Pero la novel educadora no contaba con un factor principalísimo, con un hecho irrefutable que desde el primer instante debía traerle tropiezos y retrasos. Sus nuevas discípulas lo eran ya de otras mujeres, de otro mundo donde se practicaba una pedagogía en la que mal o bien habían empezado a formarse. Africa siguiendo su plan de higienización tanto interna como externa, del destartado edificio y de sus infantiles huéspedes, dispuso que a la llegada de éstas, sus auxiliares las introdujeran en el cuarto de baño sometiénolas a un concienzudo fregoteo antes de mudarles la ropa. La manera de reaccionar ante esta inevitable operación, ponía de manifiesto el nivel espiritual de las niñas y sobre todo el de sus anteriores educadoras. Su mayor o menor resistencia a meterse en el agua y a mostrarse desnudas, estaba siempre en razón directa con la categoría de la institución donde se educaban y de los kilómetros interpuestos entre ésta y Madrid. Camino recordaría siempre su estupor cuando una niña de ocho años al verse desnudita en la bañera, se puso a murmurar entre dientes palabras ininteligibles dando muestras de una gran turbación: — ¿Qué quieres? ¿te duele algo? — La pobre criatura no contestó y con los ojos bajos insistía en el misterioso rezongo. Africa, a quien recurrió su com-

pañera por si lograba descifrar el enigma, se deshizo en preguntas y mimosas apelaciones. La chiquitina se miraba, miraba también a aquellas mujeres cariñosamente inclinadas hacia su rostro y al fin repetía su intraducible cantinela. Una de las veces habló más alto; —Estoy faltando — se la oyó decir. Africa y Camino cuyos espíritus hacía tiempo desviados de las viejas tradiciones monjiles, olvidaban el significado que en ciertos ambientes adquieren determinadas expresiones, tardaron unos minutos en comprender. Insistieron — ¿qué estás faltando? ¿por qué dices eso? — Al fin la niña se decidió a repetir, siempre sin mirarlas: — Estoy faltando a la castidad—. Una carcajada súbita y alegre brotó en los labios de Africa que apoderándose de la chiquilla la sentó sobre sus faldas para explicarle suavemente que la limpieza no era pecado y que en su nuevo colegio podría chapotear a gusto completamente desnuda, sin temor a las represalias de ningún dios ofendido.

Africa era comunista y sintiéndose atea, había aceptado las doctrinas de Marx con el entusiasmo ferviente del que abraza un credo que considera irrefutable. Su marido y ella vivían desde su ingreso en el partido conforme a las teorías elevadamente austeras, preconizadas por sus apóstoles más venerados. Sensible y vehemente, Africa hubiera querido que las niñas entraran en su nuevo albergue con los puños en alto y cantando "La Internacional". Por desgracia, la transformación no era cosa de un día. Otro incidente que la conmovió igual que a sus compañeras, vino a corroborarlo. En el patio húmedo y sombrío, triste remedo de jardín, por donde se aireaba un poco el convento, pues la clausura no permitía abrir los balcones de la fachada principal, una estatua del Sagrado Corazón, curtida de lluvias e intemperies, se alzaba sobre un macizo de encendidos corales. Africa en conciliábulo con dos obreros del partido que hacían los arreglos más urgentes en la casa, acordó que quitaran aquella imagen como ya se había hecho con todos los símbolos religiosos que en el convento quedaban. Un rato después, un grupo de niñas a las que procuraba distraer con un cuento, la interrumpieron, agitadísimas. — Queremos pedirle algo, señorita — empezó una de las mayores tímidamente. Y ante la interrogación

de su interlocutora, continuaron entre varias; y — es que si se llevan al Sagrado Corazón, que se lo lleven de noche cuando estamos dormidas, para que no nos de pena... — A Africa se le atragantaba la voz, minutos más tarde, repitiéndole a sus amigos la ocurrencia de aquellas criaturas tan tiernamente apegadas a lo que les habían enseñado. Comprendió la lección; era preciso ir con cautela, sin precipitaciones y tratar a cada niña de un modo distinto ya que no todas reaccionaban igual. Algunas, bien sinceramente, bien por una cazurrería innata en ellas o de origen monjil, exclamaban sin que nadie les preguntara: — Yo estoy más a gusto aquí, con ustedes, que con las monjas. — Africa se había propuesto que todas estuviesen contentas y con una buena voluntad incansable, observaba y disponía, sin miedo a hacer y deshacer con tal de asegurarse el resultado.

¡Días primeros de la revolución! Fiebre de borrar y construir, de echar abajo para hacer de nuevo, de prodigarse vertiginosamente, con una actividad precipitada, dispersa en mil rumbos indecisos.

Idas y venidas jadeantes a la sombra protectora de los fusiles recién estrenados. Faenas múltiples e incongruentes en las manos menos aptas para su realización; mujeres que nunca habían barrido se pasaban las horas escoba en mano entregándose con júbilo infantil a los más humildes menesteres, mientras otras cuya vida transcurrió en ellos, se sentaban a la puerta de los edificios incautados, para lanzar a los transeúntes el pueril desafío de un cigarro inglés.

En el hervidero humano que fué Madrid entonces sobrenadaban ciertos grupos de seres, cuyo estado de ánimo o cuyo modo de reaccionar aproximaban. Había el grupo de los que hacían la revolución, el grupo de los que se apresuraban a vivirla, el de los espectadores, quizás el más peligroso por ser el más frío y apartado, el de los "dilettantes" que la saboreaban gustosamente con una olímpica insolencia, burlándose de los medrosos y pusilánimes porque a ellos no les había perjudicado.

Camino, Africa y sus compañeras pertenecían al grupo más limpio y entusiasta; el que sabiendo que aquel trastrueque absoluto de la sociedad en que vivían, sólo podía traerles daños materiales, se

adherían a él fervorosamente, dispuestas a darlo todo a cambio de nada, uniéndose al pueblo en un amplio ademán de magnífico desinterés. Aquella firme actitud significaba en muchos casos la ruptura de los últimos lazos familiares, el renunciamiento definitivo a ciertas fáciles posturas cuya comodidad no era del todo desdeñable. Durante aquellas jornadas febriles en los breves minutos de descanso, cuantas se interrogaban llenas de ansiedad y de dudas, conscientes de haberlo dado todo, sin pensar que les quedaría después...

No se encontraba tiempo para comer ni casi para dormir. Los refectorios antes aherrojados de austeras prohibiciones, vibraban con la algarabía heterogénea de unos comensales que sólo la revolución pudo reunir. Fraternalizaban intelectuales y obreros procedentes de todos los partidos e incluso personas que jamás se definieron en política y que sentían entonces el deber ineludible de situarse a un lado o a otro, de sacudir su negligente pereza y trabajar por algo, al fin.

Africa y sus amigas barrieron, fregaron y guisaron en una semana por toda su vida, con un celo meticuloso que hubiera bastado para redimir la culpable blandura de tantas molicies pasadas. Aquello fué el bautismo de fuego, una saludable vigilia de armas, antes de que una a una descubrieran su verdadero sitio, el puesto donde su labor fuera más eficaz y más conforme a sus aptitudes.

Frecuentemente a pesar del empeño con que procuraban guardar el anónimo, tropezaron con la desconfianza instintiva que algunos espíritus más toscos se creían en la obligación de demostrar ante una apariencia cuidada o unos ademanes naturalmente corteses y ponderados. Para algunos ingenuos, toda persona de expresión culta y maneras refinadas era inevitablemente fascista y así pudo darse el caso de que a un gran poeta que con generoso ímpetu se puso desde el primer día al lado del pueblo, ofreciéndole sin condiciones su ayuda espiritual y material, fuera víctima como algunos otros de una confusión lamentable. Africa, amiga y admiradora suya le había rogado que acudiera a su refugio para entretener a las niñas con su charla, deliciosa mezcla de imaginación e ingenio que al ponerse

en contacto con la infancia cuya proximidad encantaba al poeta, adquiriría siempre nuevos y fascinadores matices. Pero no todos los que trabajaban en la casa apreciaron igualmente aquel ingrátido obsequio. Ese día los milicianos de guardia que solían renovarse continuamente y al azar sin distinción de partidos ni filiaciones, ignorando la personalidad del visitante y ajenos sin duda a toda manifestación cultural, sólo se fijaron en su pulida apariencia y en la barba oscura cuidadosamente peinada que servía de marco a un rostro pálido, impregnado de honda y amable espiritualidad. — Con esas barbas sólo se puede ser fascista — proclamó uno de los milicianos—. Como no se vaya pronto, lo afeito — añadió otro, acompañando sus palabras con nada tranquilizadores ademanes. Africa misma se inquietó un poco ante aquella absurda actitud y el poeta replegando tristemente sus alas tuvo que desaparecer, buscando clima más propicio a la inmaterialidad lírica de su vuelo.

Esa tarde, la directora del refugio había llamado a su amiga porque en el hospital donde esta trabajaba, seguía funcionando como antes de la guerra, una consulta de oftalmología y como entre sus discípulas abundaban los casos de conjuntivitis y tracoma, deseaba que Camino llevase a algunas de éstas para que las reconocieran trayéndole luego el diagnóstico de los oculistas.

La muchacha se detuvo un instante a la puerta del convento sin tirar aun de la campanilla. Un rumor de frescas voces surgía del patio y el sol de otoño penetrando por las ventanas abiertas de par en par, se adhería gozosamente a la era de salud y optimismo que en el viejo caserón empezaba.

Al entrar Camino las niñas cantaban "La Joven Guardia" y reconociéndola sonreían, saludándola con el puño en alto y un ademán alegre y desenvuelto que hacía unas semanas no conocían. Africa orgullosa de mostrar el resultado de su labor le hizo recorrer toda la casa, resonante ya de ecos vivos y realidades que florecían apenas sembradas. Sin embargo serios problemas amenazaban la continuidad de aquella obra y de otras semejantes, que el abandono de multitud de niños en esos primeros días de guerra hacía doblemente necesarias. Había poco dinero y sobre todo pocos ví-

veres. Africa y sus compañeras llenaban con prodigalidad los platos de las niñas a costa de los suyos. Era indispensable alimentarlas bien y las que siempre habían comido encontraban justo que les correspondiera entonces privarse de algo. Súbitos egoísmos y abnegaciones insospechadas surgían del fecundo caos donde una fértil cosecha iba apuntando. Lo bueno y lo malo tanto tiempo oculto, salía ahora a la superficie con frenética violencia, sobrenadando en aquella vorágine de instintos y pasiones en libertad.

Camino se entendía con Africa maravillosamente aunque en el fondo sintiera que una imperceptible distancia le impediría siempre llegar del todo a su amiga y que ésta pudiera asimismo comprenderla bien. A su lado la joven enfermera se encontraba aun infantil y vacilante, lejos del espléndido equilibrio físico y moral que irradiaba su amiga en el menor de sus actos. Africa se había encontrado definitivamente; su vida íntima de absoluta afinidad con su marido, sus actividades sociales, formaban un todo perfecto y armonioso en el que podían apoyarse sin temor su firme vitalidad y su rebosante optimismo. La tristeza o la duda no existían ya para ella. Su vida propia estaba conquistada y podía lanzarse libremente a conquistar las del prójimo, enarbolando la mejor bandera; su claro ejemplo y la paz alegre que dimanaba de todo su ser.

Camino era distinta: una inquietud agotadora la acuciaba constantemente y la total ausencia de un afecto sólido cuyas raíces la sujetasen, prestaba a su vida una movilidad patética, que aferrándose a toda causa noble, intentaba convertir en eficaz empeño su deambular febril y solitario. El amor estuvo cerca de ella varias veces, pero un algo impalpable que no consiguió nunca analizar, distanciaba de pronto su espíritu del que buscándola perseguía en vano un acercamiento definitivo. La revolución le trajo un bien enorme; gracias a ella abandonó unos sueños estériles para verter su entusiasmo en una obra cuyo resultado práctico podía comprobar diariamente.

—¿Tienes noticias? — preguntó Africa a la muchacha con un interés no exento de picardía. El rostro de Camino se ensombreció afeándose y perdiendo instantáneamente esa gracia juvenil y pen-

sativa que era sin duda su mayor belleza. La pregunta de Africa deshizo en un momento la expresión satisfecha y alegre que la atmósfera del refugio, los progresos en él conseguidos y el afectuoso recibimiento de las niñas lograron despertar.

—¿Noticias, de quién iba a tenerlas? — replicó desganada, con un ademán de súbito malhumor que le endurecía el ceño, rompiendo la armonía de una frente que era quizás lo más interesante de su rostro.

—No seas tonta, mujer, sabes de sobra por quien lo digo. Julio te habrá escrito sin duda y Carlos tampoco es hombre de pasar muchos días sin ponerte siquiera una postal. Aunque te empeñes en llamarlos amigos, ellos en su interior no te consideran así.

—Creo que te equivocas y aunque así fuera, ¿de qué me sirve a mí eso? Hoy por hoy el hospital me llena de tal modo, que no echo de menos a nadie. Si nadie me la recuerda, olvido allí toda mi soledad.

Africa ante aquella réplica un poco fuera de tono sonrió sin decir nada, levantándose en busca de las niñas que su compañera debía llevarse. Eran tres, de aire tosco y encogido, acrecentado aún por el miedo al médico que su ignorancia convertía en un mago tenebroso, iniciador de oscuras manipulaciones. Una de las niñas presentaba los síntomas inconfundibles de la conjuntivitis purulenta, en las otras dos los ojos, aparentemente normales pero que empezaban a adquirir una expresión vaga y aguanosa ocultándose bajo los párpados como heridos por la luz, parecían indicar un principio de tracoma que tal vez pudiera atajarse tratándolo sin pérdida de tiempo y aislando a las pequeñas pacientes para evitar el fácil contagio de la terrible enfermedad.

Camino las acarició con gesto forzado; el tracoma era un fantasma al que tenía miedo y sólo por conciencia del deber y afán de dominarse, ayudaba en días de excesivo trabajo a los oculistas.

—Sólo me has hablado del hospital — le dijo su amiga al despedirse—, tienes la obsesión de tus heridos y debes pensar que algún día no los habrá y que si ahora se lo das todo, corres el riesgo después, de quedarte sin nada.

La enfermera se encogió de hombros. — ¡Bah! tal vez soy insensible, pero hoy sólo me preocupa la tristeza que tengo delante. No sé nada de Carlos, a veces pienso que pueda estar herido y ya ves, esta idea me deja fría. Por eso creo que en realidad mis amigos no eran nada, ya que nada me falta sin ellos, ni me preocupa lo que les pueda ocurrir.

La directora del refugio besó a las niñas y estrechó la mano de su compañera.

—Hasta después. ¿Volverás con ellas, o quieres que mande a buscarlas?

—Ya te telefonearé — contestó Camino—, si puedo escaparme un momento, te las traeré yo misma—. Y subió con las pequeñas al coche mientras se le escapaba un “adiós” involuntario ante el “salud” decidido y jovial de su amiga.

Mientras el auto atravesaba rápidamente las calles de Madrid, la enfermera y las chiquillas contemplaban en silencio el espectáculo de aquella ciudad nueva que crecía entre los escombros trágicos de un pasado muerto para siempre. Al bajar por Atocha se cruzaron con una porción de camiones que iban sin duda hacia el frente. Sus ocupantes, hombres de cualquier edad, trajeados de modo pintoresco y absurdo, a veces desarmados, otras llevando picos y palas con el fin de cavar trincheras, saludaban a los transeúntes alzando el puño enardecidos y colmando de improperios a los que en vez de contestar, permanecían impasibles. Camino y las pequeñas, asomándose a la ventanilla del coche respondían a todas estas manifestaciones, la muchacha halagándole en el fondo la atención respetuosa que le valía su uniforme, y las discípulas de Africa con el empeño pueril de hacer ostensible un gesto recién aprendido.

El centro de la población ofrecía un aspecto inédito, extrañamente desolado y bullicioso. Los automóviles con su ir y venir zigzagante, su vértigo interrumpido por bruscos virajes y peligrosos trenazos, contribuían sobre todo a esta transformación. Nadie tenía en cuenta las direcciones prohibidas, ni los cambios de mano; todos iban a lo suyo, al combate y a la victoria, con un desasimien-

to absoluto de reglas y leyes, representadas en este caso por las preteridas ordenanzas municipales.

Muchos comercios tenían los cierres echados, pero a la puerta de otros, panaderías, confiterías y tiendas de comestibles, largas colas compuestas en su mayor parte por nerviosas y parlanchinas mujeres, ponían en graves conflictos a los encargados de mantener el orden, muchos de los cuales hubieran preferido marchar al frente que dedicarse a tan arduo menester. Las lenguas y las agujas empleadas en tejer ropas de abrigo para los bravos luchadores, rivalizaban en agilidad, e incluso estas últimas, desviadas a veces de su misión para cumplir la otra menos benéfica y más punzante de soliviantar o echar de la cola a la vecina, fueron declaradas facciosas y expulsadas en varias ocasiones del turbulento y femenino caos.

En esos días, el Madrid sin recursos empezaba a pasar hambre y el otro a discurrir unos extraños menús, a base de ausencias e ilusiones. Se inauguró la era de los filetes con tomate pero sin filetes, de los calamares fritos sin calamares, de la mayonesa sin huevo. Las más incongruentes sustituciones eran recibidas con un interés general seguido de la adopción inmediata.

Las pastelerías sobre todo, presentaban entonces, el aspecto más pintoresco que puede imaginarse. Multitud de desgraciados que hasta el albor de la revolución apenas comieron a gusto, invadían este género de establecimientos, acaparando las bandejas de pasteles y dulces a medida que salían del horno. En lógico y primitivo desquite, los que al fin cobraban un sueldo confesable, abusaban con pueril expansión de lo que antes carecían, cuando la escasez de materias primas imponía límites a la fabricación, crecía la demanda de modo extraordinario sin que fuera posible responder a sus inagotables exigencias. Los milicianos que iban y venían del frente, irrumpiendo en las tiendas, asaltaban cualquier mercancía con el mismo celo impetuoso que acababan de desplegar ante los ataques enemigos. En realidad nuestros defensores tenían derecho a todo y era justo que se les concediera.

Paralelamente a esta animación de colas y tiendas se desarrollaba el triste éxodo de los madrileños que habitando en las zonas

extremas y barrios bajos de la ciudad se veían en el trance de abandonar sus hogares a los que iba llegando estruendoso y mortífero el cañón enemigo. ¡Qué inolvidable angustia en los rostros de aquellas pobres mujeres que huían de sus casas arrastrando su humilde ajuar o cayéndose bajo el peso de un jergón y de unos envoltorios que constituían su mísero equipo! Lloraban los niños abrazándose a utensilios y enseres más grandes que ellos, mientras sus padres recorrían el barrio de Salamanca haciendo interminables estaciones en cada portal y siendo rechazados múltiples veces antes de encontrar por fin un rincón donde cobijarse. Era como si las extremidades de Madrid se desangraran en una transfusión generosa, vertiendo sus rojos borbotones en las pálidas venas azules del barrio aristocrático. Más de un suntuoso palacio debió estremecerse al recibir en sus mullidas alfombras huellas de pies medio descalzos que las ensuciaban de barro y pobreza, sin la menor consideración para su pulcritud lujosa petulante. Muchas de estas mansiones se hallaban desiertas; sus moradores, aislados del mundo, intentaban prolongar de modo ficticio su frívola existencia en unos pintorescos refugios que su temor y su dinero les habían franqueado.

Por una incomprensible paradoja del destino quedaba aun cierta especie de privilegiados para quienes existían esos fabulosos manjares de los que los ciudadanos leales se habían olvidado ya. Esta raza selecta, nacida por generación espontánea al calor revolucionario y que se multiplicaba diariamente en los invernaderos y estufas de mayor o menor lujo que les protegían, era la de los fascistas, seudofascistas, perseguidos y seudoperseguidos que al amparo del derecho de asilo, se ocultaron en legaciones y embajadas. Estos seres se habían elaborado un mundo aparte en el centro mismo del mundo inhóspito que desde el seguro de su escondite querían eludir.

Cuando Camino llegó al hospital la consulta de ojos había empezado en la planta baja y una cola interminable llenaba los bancos del corredor y hasta se apoyaba en los quicios de las puertas, cansadamente, haciendo retemblar los cristales. Camino prefería mil veces el primer piso y sus milicianos que aun cuando presentaran atroces heridas, conservaban íntegra su personalidad sin mengua de

facultades y sentidos. Allá abajo, era diferente; una vaga y agobiadora tristeza, lo invadía todo, envolviendo seres y cosas en una niebla gris que disminuía su vitalidad y su relieve. Ojos con ribetes sanguinolentos, pupilas nubladas por sombras que iban creciendo hasta borrar toda visión, lagrimales irritados que manaban continuamente, párpados sin pestañas, frágiles y desnudos, que la más tenue luz estremecía, ojos ausentes cuya oquedad huérfana buscaba en vano el modo de ocultarse... Los médicos pasaban rápidamente la consulta, examinando a los enfermos con una brevedad y una indiferencia que reputaban humillante los que sufrían y creían merecer para sí todas las atenciones y todos los cuidados.

Camino dejó abajo a las niñas y subió a su sala donde tuvo un caluroso recibimiento acompañado de exclamaciones y reproches variadísimos.

—¡A mí no me han lavado todavía!

—¡Yo necesito un pañuelo!

—¡Qué olvidados nos tienes hoy!

—¿Sabes lo que hay de almuerzo?

La enfermera iba y venía de uno a otro risueña y complaciente, procurando reparar las negligencias forzosas que su retraso ocasionaba. Antonio, el de la pierna amputada, se quejó. Tengo el pie mal colocado, ponme unos algodones debajo a ver si así me duele menos. Aquel hombre era sin duda el tipo más interesante de la sala. Médicos y enfermeras lo llamaban "el fraile" y ese mote le iba muy bien a su dulzura un poco artificiosa, a su tono de voz siempre insinuante y comedido.

Cuando se dispuso Camino a recoger a las discípulas de Africa para devolverlas a su refugio, era demasiado tarde y como iban a servir la comida de los heridos, renunció a acompañarlas, limitándose a ordenar que uno de los coches al servicio de la casa las condujera al albergue.

Regresó a su sala al tiempo que el carro de la comida entraba en ella, empujado por Gaby Foster y Adelina Quirós que llenaban los platos rápidamente, haciendo peliagudos cálculos para cumplir con absoluta equidad un arduo menester. Cada enfermera quería mayo-

res cantidades para su sala o los mejores trozos para los heridos más mimados e inapetentes. Todas tenían algún enfermo que "comía más que los otros" y las beneméritas conductoras del carro se veían precisadas a proceder diplomáticamente para contentar a los heridos y sobre todo a las compañeras.

Sobre la parte superior del carro humeaba el caldero de la sopa junto a una fuente colmada hasta arriba de carne tierna, como apenas nadie la comía en Marrid ya. En la parte inferior estaban los cubiertos, la ensalada rusa sumamente apetitosa con su envoltura de mayonesa y su adorno de anchoas y olivas y también las raciones de uva moscatel y melón, ya dispuestas en los platitos de postre. Cada enfermera había recogido ya la jarra de agua y la del vino así como el pan correspondiente a su sala.

A Camino le gustaba la hora de la comida. El sol entrando por la ventana del fondo, diluía un poco la áspera desnudez de las paredes, dura de quejas contenidas y emanaciones medicinales. Después de servido el café, se recogían los platos y cubiertos, las enfermeras se sentaban con verdadero afán en espera del coche que había de llevarles a sus domicilios. Para Camino era la hora de comer silenciosamente entre sus viejas tías y adormecerse luego en la suave penumbra de su cuarto, envuelta entre los pliegues de un kimono que la hacía olvidar momentáneamente la rígida blancura del uniforme. Allí el tiempo transcurría tan de prisa que el aviso del auto para volver a la tarea la cogía casi siempre sin vestir.

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN.

YO TAMBIÉN SOY SOLDADO

(Carta a un amigo)

Porque mis días sean espejo de unas horas
que se posan sin fuerza en el olmo gigante,
porque el aire me traiga el polen de los tilos
y el canto de los pájaros,
porque mis manos hagan un reposo de muerte,
no me creas ajeno a la guerra que tiene
puesto su negro vientre en el centro de España.
Yo también soy soldado.

Tú que has oído, que oyes como silban las balas,
que sabes el valor exacto de la vida en esta hora,
no podrás suponerte la amargura, la pena
de abrir una ventana y encontrarla vacía.
Sí. Porque el vacío es ahora la paz que rumía el campo,
el sosiego, la calma,
y desde mi ventana, ¡Oh amargo parapeto!
recibo los balazos, la muerte del vacío.
Como mi pan amargo, bebo mi agua de fuego
porque la guerra viene
a comer de mi mesa y a beber de mi vaso.
Me late el pecho, si es que me queda pecho,
cuando asalto el abismo de una paz tan extraña.
Llevo mis cartucheras, mi fusil y mi casco;
Yo también soy soldado.

No me creas cobarde, no; vigilo;
mi guardia está despierta de día, más despierta en la noche,
Yo vigilo en el aire, en el ruido que viene
a la estrella que lleva la victoria en sus puntas.
Y mi noche, pequeña, en la ventana
no puede despertarse sin que yo no la vea
y mi día está preso
en la larga trinchera de las nubes.
Tengo unas alambradas verdes, de boj, enfrente,
desde donde me hiere el canto y la palabra,
y una camilla inmóvil, sin vendajes de nieve
siempre espera mi cuerpo que rendido en la lucha

sin tregua de mis días, viene a caer quebrado,
flotando como un leño.
Y así en la galería de arcadas y azulejos
donde el silencio tiene su canción favorita,
yo también soy soldado.

Tú no sabes amigo, camarada,
el fragor de mi guerra, de la tuya,
de la guerra de todos.
Tú no sabes, amigo, la sangre derramada,
que mi cabeza tiene un bramido de fiebre
y una muerte distinta para todas las horas.
Siento temblar la tierra, el acero es muy duro
y la carne se rompe;
y siento que es mi tierra y que es mi misma carne
la que sangra y se acaba
Esto no son palabras
las palabras se han roto por inútiles.
Piensa que cuando el viento me trae vuestros nombres
y el agua vuestra sed
mi cielo, el tuyo y tu estrella, la mía,
yo estoy firme, en mi puesto. No te rías.
En mi puesto. La vida
no tiene más que un sitio para cada persona.
Vigilo, me vigilo, lucho en mí, como todos,
por una nueva España,
yo también soy soldado.

Porque tengo la sangre derramada en el aire
yo también soy soldado.

Porque tengo mis armas puestas en el combate
yo también soy soldado.

Porque mi frente es bóveda donde cruje la guerra
yo también soy soldado.

Dejadme, apenas puedo, pero en esta batalla
donde es tierra de nadie la libertad de todos,
yo también soy soldado.

RAFAEL BELTRAN LOGROÑO.

Sanatorio del Montseny, 1937.

TESTIMONIOS

EN LAS ORILLAS DEL EBRO

Es una noche de Primavera, una hora después de haberse puesto el Sol. La pálida luna nueva se vislumbra débilmente a través de las nubes. Sólo se ven las estrellas más brillantes aquí o allá.

Estoy echado entre los juncos a la orilla del río, oculto en lo posible, vigilando, escuchando, esperando. Al otro lado, invisible y silencioso salvo algunos ruidos confusos que llego a percibir de vez en cuando, a menos de doscientos metros están las trincheras del enemigo. Poco después aumentan esos ruidos hasta que ese medio silencio se interrumpe por una voz de tono confidencial y autoritario.

"Escuchad, Rojos; Oídnos, Rojos".

Repite la voz varias veces, pero sólo le responde el silencio desde el lado republicano.

"¿Quién va a ganar la guerra ahora?"

"Nosotros", le contestan un sinnúmero de voces formando un coro desde nuestro lado del río.

Una carcajada cínica y brutal sale de las líneas fascistas.

"Escuchad, Rojos, dice la voz, nosotros tenemos cañones, tanques, aviones. ¿Cómo nos podéis combatir sin perder? No seais idiotas, venid a reuniros a las tropas del general Franco, que es el que tiene que ganar".

Desde nuestro lado se oye un griterío confuso que cesa de repente reemplazado por una sola voz.

"¿Cómo vais a poder ganar cuando todo el pueblo español está contra vosotros, traidores que habéis traído a los italianos y a los alemanes para que bombardeen nuestras ciudades españolas?" Fuertes gritos contestan a esta frase y durante unos instantes la voz rebelde queda desconcertada. Pero luego replica:

"El general Franco está salvando a España, resguardándola de los bolcheviques rusos y, además, está protegiendo la Iglesia".

"Entonces ¿por qué necesita también a los moros? ¿Desde cuándo han sido ellos buenos católicos? Además, no hay rusos en España".

En ese estilo continúa la conversación a distancia, punto por punto, y que a veces se desarrolla como una discusión académica y otras es interrumpida por ruidos, gritos y voces.

Escuchando entre los juncos con la cabeza apoyada en tierra me parece increíble que me encuentre en uno de los frentes de lucha entre el fascismo y la Democracia. Acuden a mi memoria escenas y recuerdos de las calles de Londres, de sus esquinas y plazas, ay, tan familiares, donde tienen lugar tantas reuniones y grupos de controversia, mítines rivales entre los fascistas y antifascistas. Los mismos argumentos en pro y en contra la misma forma fascista de emplear el terror, el engaño, la corrupción, el "bluff", para ganar algún apoyo de las gentes algo ignorantes. La misma desvergüenza para propagar las mentiras fascistas contra los demócratas. Parec como si ambas voces, la nuestra y la suya, se hubieran convertido en símbolos de la lucha mundial que padecemos.

Hay un momento en que la voz hace una alusión a la "escoria roja" de una manera burlona y despreciativa y dice que los jóvenes polluelos degenerados del ejército republicano no se atreven a hacer frente a los hombres de verdad. Pero la juventud española que se ha presentado en el ejército voluntariamente para formar lo más escogido de él no puede soportar este insulto. Uno de los jóvenes indignados al gritar la respuesta asoma su cabeza sobre el parapeto de las trincheras leales. Suena un tiro, seguido de un grito. Durante un intervalo muy corto todo queda en silencio. Pero poco después se empieza a oír la magnífica canción "La Joven Guardia", de la juventud española; se oye cada vez más fuerte desde una sección de trincheras a la otra extendiéndose por toda la línea. Poco después esa canción cantada con fervor por cientos y cientos de hombres llena el aire con fe juvenil en la victoria y reduce al silencio todas las demás voces.

Sólo el crujido intermitente del fuego de los rifles fascistas, nos da la respuesta final del oscuro y viejo mundo contra las llamadas del nuevo mundo.

D. GUEST

ZAPADORES

*Durmiendo los días e las noches trasnochando
Cantares del Mio Cid*

La noche estaba muy oscura. No había luna y una niebla espesa mojaba las manos y el rostro. La compañía de zapadores iba en fila compacta, muy próximos los hombres unos de otros, para no perder el con-

tacto. El camino, recién abierto para facilitar el tránsito de los carros y camiones, estaba completamente encharcado y los pies se hundían en el fango casi hasta el tobillo. No se veía nada. De vez en cuando la larga fila de los zapadores se detenía. De un extremo a otro sonaba única en la noche la misma voz repetida doscientas veces. «¡Alto, alto, alto!» «¿Qué hay, qué ocurre?», preguntaba alguno. No había ni ocurría nada, sino que la estrecha senda, imposible de ver, la habíamos perdido. A derecha e izquierda salían dos zapadores, o un teniente, o el comisario, a explorar el terreno. Otra vez en marcha, lentamente, en la penosa ascensión. La proximidad de los hombres entre sí hacía con frecuencia chocar las herramientas, lo que producía un leve tintineo conocido por los centinelas que ya no nos daban el alto ni pedían la consigna, limitándose a responder ellos mismos a su propia pregunta:

—¿Zapadores? ¡Adelante!

Y continuábamos escalando la montaña que la densa niebla había convertido en un cenagal.

Cuando comenzamos a trabajar, la noche era tan cerrada que no se distinguían los surcos que el pico había trazado en la tierra reblandecida. Se hacía necesario seguir con la mano, a tientas, sobre los terrones arrancados de cuajo, la ondulación o el zigzag que marcaban la trinchera.

Sólo brillaban cruzando rápidas el cielo, verdes y rojas, las balas que las ametralladoras disparaban en ráfagas de un lado a otro. Se trabajaba en un silencio absoluto. Los hombres profundizaban cada vez más. La tierra, pesada y fría, formaba una masa compacta, ruda de mover para los picos y las palas. Había que ahorrar energías. Por eso el silencio. Sólo, de vez en vez, silbaban las balas sobre nuestras cabezas, con luz instantánea, verde o colorada.

Hacia el amanecer, la luna se decidió a salir, luciendo entera como un gran botón de calzoncillo pegado en el cielo. Una escarcha finísima, que blanqueaba nuestros hombros y los pliegues de los capotes, reemplazó a la niebla de la noche. Los zapadores estaban agotados. Podían distinguirse, enfrente, las lomas de las posiciones enemigas. Con la amanecida se abrió un fuego más intenso por parte del enemigo. La luz lunar producía unas extrañas reverberaciones sobre la humedad que cubría los hombres y el campo.

Fuimos advertidos de que el enemigo tanteaba un ataque. Hubimos de dejar libres las trincheras a la infantería. Los soldados se arrastraron hasta los agujeros; otros corrieron por las zanjás de evacuación hacia los parapetos; se cambió el emplazamiento de las máquinas. Las zanjás, las trincheras y los emplazamientos eran el fruto de nuestro trabajo. (Nos enterramos poco a poco en la tierra, ayudados por los picos y las palas. Un metro sesenta, a la altura de la vista... ¿Campo de tiro? Bueno. ¿Fuego rasante? Excelente. Esto es todo. La trinchera es estrecha. El pecho y la espalda se encajan en ella rozando las paredes. Tramos cortos en línea quebrada o en ondas. No es fácil que la aviación, durante el día, pueda ametrallar; ni que atine a colar una bomba donde los hombres, agazapados, deben permanecer alertas horas y horas).

El tanteo enemigo quedó en tanteo. De nuevo, la compañía de zapadores, como una inmensa serpiente, descendió por las estrechas curvas del camino hacia el campamento.

*

Estábamos en el Infierno. Esto quiere una explicación. El campamento lo teníamos enclavado en el fondo del arroyo que dividía el Collado de los Diablos. Al Collado de los Diablos le llamábamos el Infierno. A un lado y otro del arroyo, como inmensas paredes, alzábanse casi perpendicularmente enormes bloques de piedra arcillosa, levantados de cuajo sin duda por un remoto movimiento sísmico. Había nevado copiosamente y todo se confundía bajo la nieve blanca. La vegetación era muy escasa. Aliagas punzantes y romero. De día, las perdices que salían ateridas quedaban inmóviles, asaetadas de muerte por el frío. Muchos zapadores habían comido perdiz, fácilmente cazada con las manos. Lucían, todo a lo largo del arroyo, infinidad de pequeñas hogueras en torno a las cuales grupos reducidos de soldados trataban de burlar el frío. Pero sólo lo lograban a medias. Las palmas de las manos extendidas sobre la lumbre, y el rostro abrasado por su proximidad formaban un violento contraste con la pobre espalda aterida. Ni el Infierno había podido escapar al tremendo temporal de nieve. Los escasos arbustos tenían que someterse a una lenta operación antes que pudiesen servir para hacer fuego. El agua

del deshielo chorreaba sin cesar de las altas paredes de arcilla, o vertíase desde lo alto de las rocas precipitándose en cascadas diminutas, que al confundirse en el arroyo formaban aluvión. Las fuerzas que guarneían aquellas posiciones eran de Infantería de Marina, Infantería de Marina a 1.400 metros sobre el nivel del mar. En torno a una hoguera, decía un marino:

—Los esquimales viven en viveindas de hielo y no tienen frío.

—Pero tienen pieles y, además, están acostumbrados, le respondió un compañero.

Un zapador que estaba con ellos sabía algo más de los esquimales:

—Las noches en el Círculo Polar — agregó—, duran seis meses.

—¡Pobres zapadores, si tuviéseis que fortificar allí!, se compadeció un marino. Y el fuego iluminó la gran carcajada en que estallaron todos.

Según me acercaba a mi chavola, oí, cada vez más clara, una canción gallega entonada a coro. Era una conocida canción popular, cantada a dos voces.

«Pol-o rio abaixo vai
unha troita de pé...»

Apoyándome en el cayado logré subir por la nieve hasta donde cantaban cinco hombres. Como siempre, marinos y zapadores. Al verme allí se levantaron. Pero preferí cantar con ellos. Sólo uno era gallego, y los cinco de profesión marineros. El gallego y yo nos hicimos buenos amigos. Se llamaba Juan. Era de Palmeira y cuando los falangistas le detuvieron en su escondrijo, dijo a su mujer: «Desde el otro lado sabrás de mí». Se había propuesto pasar a nuestras filas... y pasó. Por eso pudimos cantar juntos aquella madrugada.

De pronto, Juan se levantó. Había olfateado algo. Su mirada se fijaba en un grupo próximo al nuestro.

—¿Qué están asando aquéllos?, se interrogó a sí mismo. En efecto, uno de aquellos sostenía una pala sobre el fuego. Eran zapadores. Los otros se cuidaban de mantener viva la lumbre quemando sin cesar ramas de romero que despedían un fuerte aroma.

— Vamos a estropearles el banquete, dijo Juan. Y se dirigió resuelto hacia el grupo. Pero no pudo estropearles nada. Los hombres limitábanse a derretir un montón de nieve. Tenían sed.

*

Una larga caravana de camiones transportaba el batallón de zapadores. El Rabudo es una cuesta endiablada. Estuvimos allí en diciembre, cuando las grandes nevadas. Los choferes tienen que llevar serenos el volante, con los cinco sentidos puestos en su misión; sólo así las curvas violentas y siempre los seis kilómetros de pendiente al borde del abismo se quedarán con ese deseo irresistible de atraer hacia sí brusca, vertiginosamente, al vehículo veloz que sube trepidando o desciende envuelto en polvorientas explosiones de silencio, como ahora nos ocurre a nosotros.

Vamos fuertemente agarrados unos a otros. El viento nos rechaza como una ola inmensa. Un compañero, señalando el valle, grita: «¡Las cocinas, las cocinas!». No hay ninguna cocina. Es una imagen con la que hace volver a nuestro recuerdo el tiempo en que estuvimos allí, y lo que señala con el dedo es el lugar donde estuvieron montadas las cocinas. Pero allí, en lo hondo del valle inundado de sol, no hay ninguna cocina. Solo entre el borde de un largo camino ondulado y el río se yerguen paralelos los altos álamos blancos; unas masías y pajares dan señales de vida humana. El resto no es más que campo verde y pelado. Luego el río se desvía hacia un desfiladero y dos líneas férreas que se extienden amigas durante varios kilómetros, van separándose paulatinamente a todo lo ancho de la gran llanura cerrada por montañas. Ahora es el mes de abril. Numerosos rebaños de cabras pacen en las cumbres de los picachos pedregosos. En la lejanía, las piedras y los animales se confunden en su inmovilidad y en su blancura.

La caravana se detuvo en un pequeño poblado. Antes de descender del camión, un soldado me llamó a gritos. Lo reconocí en seguida. Nos acercamos uno al otro. Abrazos, risas. Era uno de los amigos que cantaban gallego una madrugada de nieve. Le pregunté por los otros compañeros. ¿Y Juan?

Pero no podía detenerme. La caravana se ponía en marcha. Olía a gasolina, brillaba el sol y los motores trepidaban.

—¿Juan? Quedó allá, ¡no lo volveremos a ver!, me explicó, gritando cada vez más. Movía sus brazos en el aire y su silueta fué borrándose rápidamente hasta confundirse por completo con todo lo lejano.

Después permanecí con los ojos cerrados, apretados los labios, durante mucho tiempo. Pensé en su mujer, en Palmeira, en sus palabras: «Desde el otro lado sabrás de mí».

E. FERNANDEZ

NOTAS

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

de Angel Valbuena Prat, Ed. G. Gili, Barcelona, 1938

II

Nuestro Siglo XVIII, tan sugestivo y pintoresco como desganadamente estudiado, tiene más de una tuerta peluca, pero, también, más de una media bien estirada. Parece que en este siglo, más erudito que crítico, hubiera absorbido Goya todo su interés, centrándolo y dándole el tono picante y vivaz de sus cartones populares. Ni que existieran obras como "Iriarte y su época", de Cotarelo —bien cribada de erudición farragosa—, ni el estudio sobre Marchena, de Menéndez y Pelayo, o los ágiles trazos del autor de "Pequeñeces" perfilando el retrato de la "Duquesa de Villahermosa".

O no se hubieran publicado las "Memorias" y "Diarios" de Jovellanos, las "Cartas" de Blanco y Crespo, y las "Memorias" de Godoy. Ni se haya sabido percibir la nota íntima, delicada, reveladora, de este siglo, entre el guirigay polémico suscitado en torno a la "Poética" de "Luzán", o los pedantescos debates sobre nuestro teatro de los siglos de oro.

Con todo, la natural discreción de Valbuena Prat, no evita los riesgos del deslizamiento crítico, hacia el manido y usadero enfoque literario de este siglo, aunque los sortee, hábilmente, a veces.

Podrían señalarse algunas ligerezas, disculpables, perdonándolas en gracia a la delicada frivolidad del siglo que las depara. Se concede a la desmedrada figura de Zamora una atención inmerecida. Se valora, puerilmente, el dulzarrón bucolismo de Meléndez Valdés y sus pastorcillos de porcelana, que no siempre es de Sévres. Se otorga a Torres Villarroel una consideración que está muy lejos de merecer este estrafalario precursor del "Almanaque Zaragozano". Se desestiman figuras tan estimables como las de Marchena y Blanco y Crespo.

Apenas se para la atención en el regocijado autor de la "Crotalogía" y casi seguro autor del "Libro de moda". Se sigue atribuyendo aún a Cadalso la "Optica del cortejo", que no es suya. O se incurre en más de algún paralelo infortunado, tal el emparejamiento estilístico del P. Isla y Azorín. Faltas todas ellas veniales, que causarían la encendida iracundia de algún crítico a ultranza y subsanables en futuras reediciones.

Romanticismo. — Si Jovellanos es la noble y austera figura que señorea nuestro Siglo XVIII, Larra es la personalidad señera del romanticismo español, no por solitaria menos egregia. (A Larra sí que le dolía España en su soledad, por eso, a su prosa le olía la cabeza a pólvora). De él proviene todo el fino espíritu de selección e independencia, que informó la "generación del 98", que cubrió de violetas la tumba de Figaro, en el recoleto y romántico cementerio —tan madrileño— de San Nicolás. Hoy la cubren de acero y oprobio las hordas invasoras, que cubrieran de gloria Heine y Leopardi. Larra, nació en Madrid, en plena gue-

rra de invasión patria, de aquí el signo que advocó toda su vida: independencia espiritual insobornable. ¡El Día de difuntos de 1836! ¡Cómo resuena en el Madrid de hoy a los cien años de haberlo escrito Larra! ¿Verdad, Azorín? ¿Verdad, Baroja?

Después la fina línea emotiva, intimista, que va de Enrique Gil — sus Cartas— hasta Bécquer —sus Epístolas—, pasando por el arqueologismo sentimental de Pablo Piferrer. Toda la línea pura que preludia nuestro Cabanyes. Y las acuarelas y litografías de Villamil y Valeriano Bécquer: Revaloración del paisaje español —tan nuestro— y de tipismo y colorido del arte popular.

Y los romances del Duque de Rivas, las Leyendas dramáticas de Zorrilla, y el "Canto a Teresa" —tan española— y "El Esutdiente de Salamanca" —tan Espronceda.

Valbuena y Prat pudo haber centrado su estudio sobre nuestro romanticismo, sobre este eje crítico, seguro de lograr una renovada visión de conjunto, que abriera perspectivas críticas insospechadas. Prefirió no omitir figura literaria por lograr conjunto más uniforme. Aunque, a veces, se le escapan algunas, no por citadas menos omitidas. Recordemos a Navarro Villoslada, Estébanez Calderón y Bartolomé José Gallardo. Y otras se dediquen encendidas y latas páginas a figuras tan mediocres como Martínez de la Rosa. O se compare a García Gutiérrez con Alberti, por la razón saladísima, de ser ambos gaditanos.

El lugar que debiera ocupar el poeta Cabanyes no es el que le asigna en el grupo catalán de cultura castellana. La misma razón habría para incluir a Valle Inclán, por su oriunde galaica, en la literatura gallega, no habiendo escrito ambos en el idioma vernáculo.

Realismo. — La novela realista española —el género literario más logrado del ochocentismo español— está pidiendo un estudio crítico, que sitúe jerárquicamente sus más caracterizados representantes. Ya es tiempo de salirse de los mezquinos juicios provinciales del P. Blanco, González Blanco y el abominable Hurtado y González Palencia, a quienes vienen saqueando los "manualistas" literarios docentes.

Quédese Alarcón, como un hito inicial —al igual que Fernán Caballero— en la evolución de la novela costumbrista a la novela de tesis. Sin olvidar sus méritos de cuentista. Pero, no se le dediquen nutridas páginas, ni menos se le compare, desdichadamente, con Remarque, como novelista de guerra.

Dedíquense a Clarín —uno de nuestros mejores novelistas— más holgura crítica que la de las menguadas líneas que se le otorgan. Y améngüense las dedicadas a Palacio Valdés, el Campoamor novelístico. Y no se compare, lamentablemente, a Gabriel y Galán con Pereda. Ni menos se cite siquiera sin incurrir en afrentoso rebajamiento crítico a Mata, Hoyos, López de Haro, Carrere, Muñoz Seca, Ricardo León, Linares Rivas, y demás comparsas literales, que están pidiendo música del autor de "La Copa del olvido". Y, en cambio, se omite a Julio Camba, uno de nuestros más preclaros humoristas, aunque ejemplar representante de nuestra "picaresca" literaria tan, vitalmente, despreciable.

JUAN GONZALEZ DEL VALLE.

M A X A U B

PEDRO LÓPEZ GARCÍA

(A U T O)



*Estrenado, en una versión reducida, en el altar mayor de la
Iglesia de los Dominicos en Valencia, septiembre de 1936*

CUADRO PRIMERO

(Interior de una cabaña, en el monte. Atardece. La madre está inclinada frente a unas trebedes, prepara la cena. Se oye el viento, alguna descarga a lo lejos. La madre escucha, se signa, farfulla un rezo. Entra Pedro.)

PEDRO: Hola, madre.

MADRE: Hola.

PEDRO: Viene conmigo el Araña. Pasa, hombre, entra. *(Entra el Araña.)*

ARAÑA: Santas y buenas.

MADRE: Hola, Araña. Adelante. ¿Qué haces tan arriba?

ARAÑA *(con misterio)*: Hay luna. *(Se acurruca en el suelo. Pedro se sienta en un escabel.)*

PEDRO: ¿Está la cena?

MADRE: En seguida. ¿Viste algo?

PEDRO: No.

MADRE: *(por una detonación.)* ¿Oyes?

PEDRO: Sí.

MADRE: ¿No sabes lo que pasa?

PEDRO: No. A mí ¿qué me importa?

MADRE: Siempre has de ser igual. *(Pedro se encoge de hombros.)* Todo te da lo mismo.

PEDRO: Así es.

MADRE: Eres capaz de pasarte un mes sin decir esa boca es mía. Ahí quieto, sin mover un dedo, un día, un año. *(Pausa.)* No se puede decir que molestas, ni que des trabajo. *(Tiros a lo lejos.)*

ARAÑA: Son las tarántulas... *(Con miedo.)* Suben, corren, llegan.

MADRE: ¿Qué les pasa a tus arañas?

ARAÑA: Vienen monte arriba. Ala, ala: A la cueva de la Virgen. A esconderse. *(Ríe.)* Pero ya está llena. Hay telarañas por todas partes. Por el suelo mojado corren los escribanillos del agua. Allí estarán seguras. Porque la muerte es la muerte.

MADRE: ¿Quién quiere mal a tus bichos?

ARAÑA: Las tarántulas.

PEDRO: Dice que vienen hombres a matar sus arañas. Ya sabe usted que siempre lleva alguna encima. Se asustó de los tiros y corría como loco hacia el puerto cuando tropecé con él. No hay quien le convenza de que no quieren nada contra él ni sus bichos.

ARAÑA: No sabes. Son malos. Se han enterado de que las arañas están llenas de plata y corren tras ellas para cogerlas. (*Ríe.*) Aquí en el monte están seguras. Venían muchísimas conmigo. Hace días que no tienen tiempo de tejer. Ahora entre los árboles podrán descansar. Las noches de luna el monte se iluminará y yo me pasearé en su luz. Las tejedoras me dijeron ayer que las que vienen persiguiendo son las tarántulas. (*A la madre.*) ¿No ha oído hablar de las tarántulas? (*Canturrea. Tiros.*)

MADRE (*a Pedro*): Aquí no se entera una de nada.

PEDRO: Dicen que es la revolución.

MADRE: Sí, la guerra. Cochinos carlistas.

PEDRO: ¿Es que los otros son mejores?

MADRE: Fusilaron a tu bisabuelo. Son unas alimañas que quieren aplastar a los pobres.

PEDRO: ¿Quién se lo dijo?

MADRE: Mi padre que en paz descanse. Así revienten todos. (*A Pedro.*) ¿Qué dices?

PEDRO: ¿Yo? Nada.

ARAÑA: Yo también soy una araña. No se lo digáis a nadie. Lo sé desde pequeño, me lo dijo la luna, que es la madre de las arañas. Por la noche voy hilando con mis dedos. El cementerio está lleno de mí.

PEDRO: (*de pronto se ríe.*) Hoy la Clarita me ha hecho una gracia... una gracia...

MADRE: A ti, con tal que te dejen tus ovejas. Tu padre era igual.

PADRE: Sí, viene de lejos. Lo noto cuando estoy sentado en cualquier piedra.

MADRE: ¿Hasta dónde fuiste hoy?

PEDRO: Llegamos al jijollar.

MADRE: Tan lejos...

PEDRO (*contento*): Siempre quisiera ir más allá pero el sol no me deja.

Los animales se ponen contentos de ver tierras nuevas.

ARAÑA: El ruido y la luz...

MADRE: ¿Tienes hambre?

ARAÑA: Sí.

MADRE: En seguida va estar. (*Tiros.*) ¿Y si vienen por aquí?

PEDRO: No se preocupe tanto por los demás, déjelos quietos. Que cada uno coma su hierba. Dios ha criado bastante para todos. A mí nadie ha de hacerme nada. Lo único que me importa es que mis bichos estén contentos. Cuando ando con ellos por el monte acabo por pensar que yo también soy tierra y que por eso vienen tan a gusto conmigo y comen en mi mano.

(*La madre les sirve un plato hondo con sopa. Comen.*)

ARAÑA: Los peores enemigos de las arañas son unos bichos que se llaman arañas.

MADRE: No hay peor cosa que dos cosas que se parecen y se odian.

(*Pasos, gritos confusos.*) VOCES: Aquí. (*Entran un sargento y dos soldados rebeldes.*)

SARGENTO: Aquí hay comida y no llegan las balas. Buenas noches, bruja. ¿Hay cena?

MADRE: La nuestra.

SARGENTO: Nos basta. (*Le quita el plato a la madre. Los soldados hacen otro tanto con Pedro y el Araña.*)

PEDRO: Es mi cena.

SOLD. 1.º: Es la mía.

PEDRO: Está bien. (*Entra el soldado 3.º.*)

SOLD. 3.º: Hay veinte ovejas.

SARGENTO: Buenas son.

PEDRO: No las toquen.

SARGENTO: ¿Que es esto? A callar.

MADRE: Qué narices a callar. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué vais a hacer con los animales?

SOLD. 3.º: Estuches.

PEDRO: ¿Qué?

SARGENTO: Basta de preguntas.

MADRE: ¿Quiénes sois?

SARGENTO: Angeles.

MADRE: No maldiga.

SARGENTO (*a Pedro*): ¿Cuántos años tienes?

PEDRO: No sé.

SARGENTO (*a la madre*): ¿Lo sabes tú?

MADRE: No me acuerdo.

SARGENTO: ¿Eres rojo?

PEDRO: Soy pastor.

SARGENTO: ¿Sabes leer?

PEDRO: ¿Para qué?

SARGENTO: ¿Desde cuando no bajaste al pueblo?

PEDRO: Desde la primavera.

SARGENTO: Vas a ser soldado.

PEDRO: Ya me tocó. No quiero marcharme de aquí.

SARGENTO: ¿Y tú crees que vas a hacer lo que quieras?

PEDRO: Siempre lo hice.

SARGENTO: Pues se acabó.

PEDRO: No sé por qué.

MADRE: ¿Sois carlistas?

SARGENTO: No tienes mal ojo. (*A Pedro*): Bajarás al pueblo con uno de estos. (*Al soldado*): Os presentáis al capitán. Que lo alisten.

PEDRO: No quiero.

SARGENTO: Aquí mando yo.

PEDRO: A mí no me manda nadie.

SARGENTO: Ea, fuera. Y si se resiste, lo llevais atado.

PEDRO: ¿Pero que os he hecho yo para que me saqueis de aquí? Yo me quiero quedar con mis animales.

SARGENTO (*se sienta y se ríe*): ¿Vives en la luna?

ARAÑA (*que estaba acurrucado en un rincón*): Es la tarántula.

SARGENTO: ¿Quién es ese?

MADRE: No le hagáis daño. Es bobo.

SARGENTO: No me fío de tontos. (*Se acerca al Araña y lo coge*.)

ARAÑA: Me picó.

SARGENTO: No, pero a lo mejor te picamos.

ARAÑA (*loco de miedo*): Las arañas podrán más. Sois pocos. Vendrán todas las arañas. Os cogeremos en nuestras redes y tragando vuestro veneno, moriréis.

SOLD. 1.º: Debe de ser un espía.

SARGENTO: Quizás...

SOLD. 1.º: Entonces...

SARGENTO: Espera. (*Al Araña*): ¿Cómo te llamas?

ARAÑA: Echas lumbre por las fauces.

SARGENTO: No me gusta la gente que se hace pasar por tonta.

PEDRO: Es un infeliz.

MADRE: Bueno como el pan.

SARGENTO: A callar. Cuando os pregunten, contestáis. (*Al Araña*): ¿Cómo te llamas?

ARAÑA: El Araña

SARGENTO: ¿Dónde vives?

ARAÑA: (*Ríe.*) Eso quisieras tú saber, para ir a cogerlas todas... No lo diré nunca...

SARGENTO: No te valdrán fingimientos.

ARAÑA (*Canturrea.*)

SARGENTO: No sacaremos nada en limpio. Cuando se ponen tercios... (*A los soldados*): Os los lleváis. El protector de las ovejas al pueblo, el otro se puede quedar por el camino.

ARAÑA: Hay luna.

SARGENTO: Puedes subirte a ella.

ARAÑA: Como todas las noches...

SARGENTO: Fuera.

MADRE: ¿Qué vais a hacer de mi Pedro?

SARGENTO: ¿Se llama Pedro? Tocayo mío. Vamos a hacer de él un soldado de la buena causa. De la España verdadera, de la de los dos colores.

MADRE: No lo conseguiréis.

SARGENTO: Hombre. Gustaría de saber por qué.

MADRE: Algo se le levantará de dentro que se le impide.

PEDRO: Madre, cálese, ¿qué más da?

MADRE: Si no tienes vergüenza, yo sí.

SARGENTO: Menos adjetivos y más comida.

MADRE: No hay más.

SARGENTO: Que maten una oveja, encended fuego y asarla.

PEDRO: Eso nunca.

SARGENTO: Ya me he cansado. Ale, fuera. (*Se llevan al Araña y a Pedro, Quedan solos la madre y el sargento.*) Bien tendrás por ahí un queso y pan para acompañar.

MADRE: No hay más, haragán, ladrón...

SARGENTO: Tate la vieja.

MADRE: Si los hombres no tienen redaños para deciros las cosas, a mí no se me quedarán en la boca; me dolerían las muelas y os las escupo; cuervos que vais al olor del botín, chupasangres, hijos de mala madre. (*El sargento se sienta la mira, divertido.*) ¿Creéis que no os conozco? Sois iguales a vuestros abuelos. No; no sois iguales, sois los mismos enemigos del pueblo. Con una vieja no os atreveríais y por eso hablo; es posible que si no también callara, por miedo. Hace cien años que andábais por aquí, con las mismas boinas rojas y el corazón negro. Matando y robando en nombre de Dios. Carlistas, traidores. Pero ya vendrán los liberales y os darán vuestro merecido. Alguna vez se tiene que acabar la mala hierba y la mala sangre. ¿Creéis que el pueblo no se acuerda de cuando matásteis allá abajo al alcalde y a los veinte mozos más floridos? Me lo contaba mi padre, como a él se le contaba su abuela. Iguales sois al tigre del Maestrazgo que pedía sangre para beber. "Desgraciado del que me hable de piedad y de compasión" cuentan que decía por estos mismos montes. Hijo de Cabrera habíais de ser para llevaros a mi hijo. (*Se oye una descarga.*) Lo habéis matado. Asesinos, canallas.

SARGENTO: No, vieja, no; y ya te he aguantado bastante. Hasta aquí me has divertido. Pero ahora, chitón. Tu hijo va a servir al caudillo.

MADRE: Cobarde.

SARGENTO: He dicho que ya está bien. Y quiero dormir tranquilo.

MADRE: Si tuviese un arma descansarías en paz.

SARGENTO: Cuida que no sea al revés.

MADRE: A que no te atreves, perro.

SARGENTO: No me calientes la sangre.

MADRE: No tienes más sangre que la que robas a los demás.

SARGENTO: Te recomiendo cerrar el pico.

MADRE: Todos sois iguales... mala bestia.

SARGENTO: Uná palabra más, y descansas...

MADRE: Sapo, ladrón de entrañas...

SARGENTO: Guardia. (*Entra el soldado 1.º*): Llévatela, páséala un rato a ver si calla la boca.

SOLD. 1.º: A la orden.

MADRE: Haz lo que quieras, desde fuera, desde donde sea te estaré chillando al oído lo que te mereces.

SOLD. 1.º: Andando. (*Se la lleva. El sargento se queda solo sentado. Pausa. Unos tiros, luego otro.*)

SARGENTO: ¿Por qué he hecho esto?

(*Por un lateral entra un enmascarado, viste mono.*) (1).

ENMASCARADO: Es vergonzoso.

SARGENTO: Es la guerra.

ENMASCARADO: No había necesidad.

SARGENTO: Cuentos.

ENMASCARADO: Matar porque te da la gana, ¿sirve de algo?

SARGENTO: Cállate.

ENMASCARADO: ¿A quién sirves matando, a Dios o al diablo?

SARGENTO: Vete tú al diablo.

ENMASCARADO: No podré sino ir contigo. (*Pausa.*) La vieja está ahí fuera con la cara amarilla, si le da la luna puedes ver manar un hio de sangre de la boca que la cose a la tierra; a menos que le hayan pegado un tiro en la nuca y en vez de labios tenga un curioso montón sanguinolento, ni piedra, ni esponja: completamente particular e incomprensible. Supongo que a eso le llamarás caridad cristiana: si te pegan un tiro presenta la otra alma.

SARGENTO: Déjame. Quiero acordarme de la Manuela.

ENMASCARADO: Eres libre de hacer lo que quieras.

SARGENTO: Tenía los pechos duros y hermosos.

ENMASCARADO: ¿No te das cuenta que se llevaban a su hijo?

(1) (*Este diálogo puede interpretarse como monólogo, si el actor encargado del papel del « Sargento » gustara de ello.*)

SARGENTO: Sabe besar mejor que Carmen.

ENMASCARADO: O quizás le salió el tiro por el ojo derecho y su cara, por un lado se verá limpia, con perfil de horizonte de montaña nevada, y por el otro lado será un amasijo de sesos y sangre.

SARGENTO: Calla, quiero pensar en la cintura de mi querida... morderle los labios...

ENMASCARADO: Todo por unas palabras y ese impulso de destruir, de deshacer, de asolar, de quedarse solo. ¿De qué, de quién te vendabas en ella?

SARGENTO: No tenía sino callar y aguantarse.

ENMASCARADO: ¿Qué sabía ella de la guerra?

SARGENTO: Cállate la boca.

ENMASCARADO: ¿Qué quedará del mundo si vences tú?

SARGENTO: Yo.

ENMASCARADO: Tú solo y piedras. Te habrás vengado de ti mismo en lo que te rodea. Matas para quedarte solo y hacerte entonces la ilusión de ser grande: enano. ¿Sabes qué te empuja a arrasar? Que su hijo ganaba una cincuenta de jornal y ahora quería ganar dos pesetas.

SARGENTO: Porque tú lo dices.

ENMASCARADO: Cincuenta céntimos, menos que nada, dos reales, un servicio de limpiabotas, un cuarto de taza de café en casa de Molinero, por un cuarto, por un ochavo, por nada. Por defender la nada le has dado a esa vieja una almohada de tierra y eternidad. (*Pausa.*) ¿Tú eres católico?

SARGENTO: Sí.

ENMASCARADO: ¿Estás seguro de que peleas por Dios?

SARGENTO: En su nombre.

ENMASCARADO: ¿Roerán las ratas esta noche los dedos de esa mujer en nombre de Dios?

SARGENTO: Es la guerra y tiene que morir gente.

ENMASCARADO: ¿Gente de tu sangre y de tu lengua? Dicen que tus abuelos mataban infieles en nombre de una majestad católica, eso tenía cierta grandeza. Hoy son los infieles los que matan españoles por defender unos privilegios y la posesión de las tierras.

SARGENTO: Cualquiera se fía de la historia. Además levanto una pared entre tú y yo. Ya no te oigo. (*Se tapa los oídos.*) Quiero dormir.

ENMASCARADO: No podrás.

SARGENTO: Dormiré.

ENMASCARADO: Soñarás.

SARGENTO: Mataré los sueños.

ENMASCARADO: Hay cosas que no se pueden matar.

SARGENTO: ¡No me vas a dejar en paz!

ENMASCARADO: No me suelo reír, pero, ¿has pronunciado la palabra paz? Acuérdate de los lugares comunes: vivir en paz, a la paz de Dios, dormir en paz. ¿Tú crees que la vieja duerme en paz? Tú se la has dado y me preguntas si te voy a dejar en paz? Fíjate bien, no la has perdido, sargento, que la has dado a sabiendas. ¿Te acuerdas de aquellas niñas del otro día y de aquel panadero más blanco que la harina desparramada a su alrededor? Y de aquella retahila interminable de la plaza de Badajoz. Aquello era el infierno... ¿Tú crees en el infierno?

SARGENTO: ¿No lo ves?

ENMASCARADO: Habla, grita, corre, nada, vuelve, cánsate, duerme, vuela o vela, lo puedes todo menos huir de ti mismo.

SARGENTO (*furioso*): Déjame dormir.

ENMASCARADO: Estás durmiendo.

SARGENTO: Entonces quiero despertar.

ENMASCARADO: No puedes.

SARGENTO: A ver si es verdad. (*El sargento se levanta, dispara unos tiros sobre el enmascarado.*)

ENMASCARADO: Eres un pobre tonto, sargento. (*Desaparece.*)

(*Entra el soldado 1.º*)

SOLD. 1.º: ¿Qué pasa?

SARGENTO: Nada. Se me disparó limpiándola. Quédate aquí. ¿De dónde eres?

SOLD. 1.º: De Rivadesella.

SARGENTO: ¿Es bonito tu pueblo?

SOLD. 1.º: Lo más hermoso del mundo. Todos en Asturias lo saben y los que no lo dicen es por envidia. Tengo unas ganas de volverme para allá... Tengo tres vacas y un perro.

TELON

Intermedio

(Sale un vendedor ambulante, a telón corrido.)

VENDEDOR: Este es buen sitio para exponer mi mercadería. Aquí me verán sin dificultad y no temo la competencia. Buenas noches, caballeros. Ninguno de ustedes sabe quien soy. Esta es mi ventaja. Donde menos se piensa salta la liebre y yo no tengo —por si acaso— ni siquiera apuntador. En el mundo todos tienen quien les sople, indique, empuje o mueva el viento según la conveniencia de cada cual. Ninguno de ustedes hace lo que le viene en gana: llamémosle fatalidad, sino, suerte o consecuencia, todos caminan empujados por el mundo ambiente: la cuestión es saber comprar a tiempo, que vender es fácil si el precio es bueno. ¿Quién me compra España? La vendo entera, en lotes, al contado, a plazos según la capacidad del comprador. No me miren ustedes así, vamos a entendernos. La he comprado barata: unos ríos dé sangre, como ven poca cosa. ¿Qué? ¿qué quiere las Baleares? Lo siento, las vendí ayer a doña Italia Romana. ¿Qué da usted más? Haberlo dicho antes. ¿Las Canarias? No, no tienen interés, como quedan tan lejos se las cedí a doña Germania Nazi, por cuatro ochavos. No hablemos más de ellas. Pregóno lo de Jerez, lo de la Coruña, ahí tengo terrenos confortables, minas abundantes, baratas y a escoger. Vendo tierra verdadera, barbechos, secanos, huertos y regadíos, con nieve, con sol, con hierbas, árboles, ríos, peces, canteras y nubes. Vendo la tierra con cielo y subsuelo, y además, por añadidura, regalo los hombres que se hallen en ella. Si me compran tierra de fábricas, regalo laminadores y fogoneros; si compra tierra candeal, los labriegos y sus mujeres, ¿hay quién dé más? ¿Qué dice usted? ¿Un río? No; no se puede, lo siento. Le

vendo las riberas, el cauce, la madre, pero un río no se lo puede vender, se escapa, no se deja medir; un río no es una cosa seria. Comprame un pueblo o si no le llegan sus posibles, una manzana, ¿no hay compradores? ¿No hay aquí ningún fascista? ¿Qué público es este?

SOLD. 1.º: Pst, oiga.

VENDEDOR: Dígame, ¿qué desea?

SOLD. 1.º: ¿Y vende usted toda España?

VENDEDOR: Lo que queda.

SOLD. 1.º: ¿Tiene todavía Rivadesella?

VENDEDOR: Sí.

SOLD. 1.º: ¿Con el puerto, la plaza, las tiendas, la playa y el mar?

VENDEDOR: Yo soy una persona seria. No vendo géneros de desaparecidos, ni artículos de saldo.

SOLD. 1.º: ¿Y cuánto vale?

VENDEDOR: Según para quien.

SOLD. 1.º: ¿Para quién ha de ser si no para mí? Quiero comprarme a mí mismo para ser libre e independiente y acabar mi vida tranquilo, tumbado frente al mar, en mi tierra, bajo mi cielo envuelto en mi viento, dueño de mis destinos.

VENDEDOR: ¿Eres español?

SOLD. 1.º: ¿Qué, si no?

VENDEDOR: Me parece que no haremos feria.

SOLD. 1.º: ¿Es razón?

VENDEDOR: ¿Qué ofreces en pago de tu pueblo? ¿Aviones? ¿Tanques? ¿Morteros? ¿Ametralladoras?

SOLD. 1.º: ¿No hay otra moneda?

VENDEDOR: Por lo simpático e inocente, cambiételo por dos mil fusiles.

SOLD. 1.º: ¿Dos mil fusiles?

VENDEDOR: Ah, y su munición evidentemente. (*El soldado inicia el mutis.*) ¿Dónde vas? ¿No te conviene? Pero si es baratísimo; acabo de vender a unos alemanes una línea fronteriza de Hendaya a Canfranc y me han dado cuatrocientos trimotores, cañones de largo alcance para embellecimiento de esos mismos lugares. Además me han

prometido enseñar gratis el alemán a todos los niños... (*Se va tras el soldado.*)

CUADRO SEGUNDO

Una trinchera rebelde, espaciosa. Un reducto a la izquierda, corre el parapeto de derecha a izquierda, alveoladas en él dos puestos de centinela. En uno de ellos monta guardia Pedro López García, en el otro el soldado cuarto. Sentado en la puerta del reducto el sargento que ahora es alférez. Salen dos oficiales.

OFIC. 1.º: ¿Has visto?

OFIC. 2.º: ¿Qué?

OFIC. 1.º: Los nuevos Savoias.

OFIC. 2.º: No. He dormido. Hoy nos han dejado tranquilos.

OFIC. 1.º: Son fantásticos. Cuatro ametralladoras sincronizadas, un radio de acción bárbaro. Ya no dormirán tranquilos ni en Barcelona ni en Valencia.

OFIC. 2.º: Y pensar que tengo allí a mi padre.

OFIC. 1.º: ¿No estaba en la cárcel? Allí está seguro.

OFIC. 2.º: No; lo soltaron.

OFIC. 1.º: Tengo noticias de que el último bombardeo ha sido prodigioso. Más de mil muertos. Casas de siete pisos hechas papilla. Esos italianos son magníficos.

OFIC. 2.º: Ayer llegaron cuatro batallones de legionarios. Burgos está atestada. Por cierto que me han contado una cosa bastante graciosa. Hay allí cuatro casas *non sanctas*. Ahora en la mejor sólo reciben alemanes, en la de condición inmediata, italianos; los moros visitan la medianeja y a nosotros nos han dejado la peor. (*Pausa.*) ¿No te hace gracia?

OFIC. 1.º: Hombre, regular. Por los rubios y los italianos, paso, pero los moros... Mira, hijo, me voy a tomar una copa donde Chicote.

OFIC. 2.º: Hasta luego.

UN ALTAVOZ: Soldados españoles, aquí el altavoz del frente. Soldados españoles, trabajadores de España, campesinos, aquí os habla un

sencillo español que defiende su libertad y su independencia. Compañeros que me escuchais, sojuzgados por señoritos inútiles, verdugos de vuestra condición de españoles y de hombres...

OFIC. 1.º (a los centinelas): Disparad. (*Disparan.*)

ALTAV.: Tirad, si queréis: nosotros contestamos con la verdad, ¿habéis pensado en esa cosa tan sencilla que el día de mañana, si por un imposible llegaran a ganar la guerra los moros, los italianos y los alemanes, un cántaro, una jícara, un azadón, un abrevadero, ya no se llamarían ni cántaro, ni jícara, ni azadón, ni abrevadero, y que, perdiéndose España, vuestros hijos vendrían a llamar las cosas en el idioma de los invasores? ¿Es que queréis que vuestros nietos mueran por reconquistar el aire que ayudáis a perder? A España la vendieron sus grandes para salvar sus tierras y sus dineros y vosotros rubricais el contrato con vuestra sangre de hombres. Para ellos España no era sino las calles de ciertas capitales, algunos cafés y los bancos, los toros desde la barrera, las carreteras asfaltadas y los administradores. Os hablamos a vosotros: campesinos, obreros españoles que no habéis perdido la fe en los altos destinos de la nación.

OFIC. 1.º: Fuego. (*Disparan.*)

ALTAV.: Coged vuestro fusil, vuestra ametralladora y pasaos a nuestras filas que son las vuestras, españoles.

(*Tableteo de ametralladoras. Anochece. Hablan el oficial primero y el sargento.*)

SARGENTO: El hombre es capaz de mil bajezas si está seguro de que nadie lo ve.

OFIC.: ¿Tú crees?

SARGENTO: Los verdugos llevaban caperuza, no sólo por evitar que las gentes los conocieran, sino también por vergüenza. Un aviador sería incapaz, quiero suponerlo, de hacer el mal que hace a pecho descubierto, matando una a una a las personas que sabe que va a destrozarse al apoyar sobre sus mandos. Yo he sido aviador, al principio de la guerra, luego pedí el ingreso en infantería.

OFIC.: ¿Por eso?

SARGENTO: Sí. Quería ver si era capaz de hacer cara a cara lo que hacía a cinco mil metros, sentado.

OFIC.: Sí; la guerra ha ganado en crueldad lo que ha perdido en contacto directo entre enemigos. Primero se hizo a caballo y andando, hoy se hace sentado o echado en tierra. Lo humano ha ido perdiendo importancia a medida que la máquina se ha perfeccionado.

SARGENTO: Y ese modo sedentario de hacer la guerra le añade crueldad.

OFIC.: Falta de calor humano.

SARGENTO: Cuando vi las primeras fotografías de los bombardeos de Madrid, en los que participé, aquellas hileras de niños destrozados...

OFIC.: Es la guerra.

SARGENTO: Sí, pero podían ser mis hijos. Pensé que si me hubiesen puesto frente a ellos, en el jardín de la escuela, con un cuchillo en la mano y me hubiesen dicho: "Degüéllalos", no lo hubiera hecho, ni tú tampoco, y sin embargo lo había hecho con otro medio más fácil y más cómodo para mí.

OFIC.: Te conviene descansar, ¿por qué no pides un permiso? Vete a pasar unos días de juerga a Sevilla.

SARGENTO: Gracias.

OFIC.: Voy para abajo un momento.

(Entra. Sobre el parapeto aparece la madre de Pedro López García, dialoga con él.)

MADRE: ¿Has oído?

PEDRO: Sí.

MADRE: ¿Qué piensas hacer?

PEDRO: Nada.

MADRE: No es verdad.

PEDRO: ¿Qué quiere que haga? Estoy solo...

MADRE: No estás solo.

PEDRO: Sí lo estoy. Yo me pasaría, pero me vería aquel y es buen tirador.

MADRE: Estoy yo contigo.

PEDRO: No; usted vive en la cabaña.

MADRE: ¿Sabes que me mataron?

PEDRO: No lo creo, aunque lo dicen.

MADRE: Es verdad.

PEDRO: Pero, ¿por qué?

MADRE: Porque tienen viciada la sangre y quieren beber la honrada, a ver si así se sacan los demonios del cuerpo...

PEDRO: Cuentos...

MADRE: Tus compañeros están allí enfrente.

PEDRO: Lo sé.

MADRE: ¿Qué esperas entonces?

PEDRO: Tengo miedo.

MADRE: ¿De qué?

PEDRO: De que me maten, de que me mate ese que vigila allí para que yo no pase, igual que yo le vigilo para que él no lo haga.

MADRE: A lo mejor, piensa igual que tú.

PEDRO: Es posible.

MADRE: Háblale.

PEDRO: No.

MADRE: ¿Por qué?

PEDRO: Tengo miedo. Déjeme. Déjeme estar.

MADRE: Esto no es vivir.

PEDRO: No quiero pensar. Lo único que tengo es miedo.

MADRE: Eres preso de ti mismo. Eres un cobarde.

PEDRO: ¿Por qué dice cosas que no siente? Soy su hijo. (*Aparece la Tierra. La madre se acurruca en sus faldas. Pedro habla a la Tierra*):
¿Quién eres tú?

LA TIERRA: Tu madre.

PEDRO: No te conozco.

TIERRA: Yo a ti sí. Soy la Tierra, ¿me conoces?

PEDRO: Sí.

TIERRA: Soy el Principio y el Fin. Lo que pesa, lo que es, lo que existe. Las piedras donde te sentabas, las alceas, las carrascas, la zizaña, y el alforfón. La Luna, el Sol y el Carro. Las zadorijas, tus ovejas y la noche. Los cardos, los abrojos, los montes y los ríos, el agua, el aire, el fuego; yo, la Tierra. La tormentilla que te tomas contra el dolor de muelas, los escaramujos, el acerbo y las zarzamoras de

los jorfes donde pierdan a veces la lana tus ovejas, esa ya sabes tú que soy yo. Y ese polvo pardo y esa pasta carmesí, que se vuelve cana y dura formando la costra de tus españadas, también sabes que soy yo. Y la hiniesta y el culamtrillo y la saxifraga. Pero lo que no sabes quizá es que lo soy todo. Que fuera de mí no existe nada y que tu corazón y tu boca y tus ojos y tus dientes y tu lengua han nacido de mí. Que el fresquedral donde te gusta descansar con la cabeza de la Clara, tu preferida, sobre el muslo derecho, y la paja y la leche y el vilano ligerísimo y el carbón de las minas de Ojos Negros son también yo. Sabe que soy la semilla, la que se hincha y revienta en raíces y tallo y luce sobre sus lanzas el centeno, la avena y el trigo, y la piedra que las muele y el pan que te comes y tu sangre misma. Ahora estamos solos, Pedro López García. Ahora tienes en la mano el fusil que te han dado para asesinarme, Pedro López García. Porque quienes te lo han dado luchan en contra mía. Son unos pobres cobardes, unos tristes, unos mezquinos, unos ilusos, unos tontos, unos desgraciados, unos traidores. Frente a la Vida que soy yo, la Tierra, agrandados los ojos de miedo inventaron en su imaginación, espejo de su cobardía, edenes y avernos donde cobrar irrisorias cuentas. No hay cielo, ni infiernos, Pedro López García. Sólo existo yo, inmensa, la Tierra. Ni Vírgenes ni Santos, ni San Pedros siquiera. El cielo es infinito, tal como tú lo ves ahora, Date cuenta de que la vida es una casualidad, una rendija de luz entre dos oscuridades infinitas: tus antepasados y los que te seguirán. Si tiemblas, no eres digno de llamarte mortal. Ahora vas a morir sirviendo la causa de la vida, para que vivan libres tus hijos, tus nietos y tu fabulosa descendencia.

PEDRO: Yo no tengo hijos.

TIERRA: Los tienes; todos los que acampan a cien kilómetros de aquí lo son. Eres un hontanar, madre de ríos.

PEDRO: Se me irá la sangre a chorros.

TIERRA: No tengas miedo de morir. Cuando mueras no harás sino desaparecer para confundirte conmigo misma. Morir es nada, volver a ser lo que fuiste. No sentir. No temas, pues. Morirse es una cosa sencilla y sin gran importancia. Además, créeme, la muerte no existe, ahora no te la puedes figurar y cuando mueras no existirás. Tra-

baja por el porvenir, pero no te preocupes por él; aunque yo me desmenuzase tú no sabrías nunca nada.

PEDRO: No acabo de entender lo que me dices. Pero creo que debo de pasarme.

TIERRA: Pasarás, pero debes de saber el por qué. (Pausa.)

PEDRO: ¿Por qué no hablas?

TIERRA: Para que escuches el silencio de la noche. ¿Oyes los ruidos de la tierra? Las piedras que corren, los animales que cuchichean. Esa es mi voz. Y en el mundo hay miles de hombres que se han tapiado la cabeza para no oírme. Y ahora en España también. Sólo saben oponerme sangre, roja sangre humana. Savia. Dicen que no existo, que sólo vale una cosa inventada por ellos que unas veces llaman Dios y otras dinero. Para ellos nada valen las cosas que en vosotros crié: el sudor, el pan, el trabajo. No saben lo que es la alegría, la mataron a fuerza de vergajos, cirios, iglesias, bancos, cárceles y carceleros; de lo que yo les di partiéndome las entrañas: hierros, carbón, maderas y aires hicieron armamentos para defender sus dioses y sus dineros, su cielo de carbón, sus infiernos de estuco, sus capitalistas de mucha carne y poco hueso. Y toda esa bamba y ese fariseísmo lo edificaron sobre tus hombros, Pedro López García, pastor, hijo de pastor. ¿No sientes pesar sobre tu pecho la opresión de sus siglos? Nadie te ve; anda, coge tu fusil y ve hasta las trincheras de tus hermanos.

PEDRO: ¿Oyó usted, madre?

MADRE: Es el viento de la noche.

(La Tierra y la madre desaparecen. Pedro López García salta el parapeto con cuidado y se va. Su compañero le ha visto, primero con recelo, luego con alegría.)

SOLD. 4.º: Ya podía haberlo dicho antes. Con el miedo que yo tenía de que fuese fascista de verdad.

(Salta el parapeto a su vez. El sargento, que lo ha visto todo, saca la pistola. Luego se encoge de hombros y permanece con la cabeza entre las manos. Pausa.)

ALTAVOZ: Camaradas, compañeros, aquí os habla Pedro López García, ¿me oís, sabéis quién soy? Pedro López García. ¿Me escuchas Juan Chamorro, y vosotros Rafael González, Luis Hernández Prieto, Vicente Marco, y tú Antonio Zabalbide? ¿Me oís, españoles? La tierra de España es nuestra y su aire también. *(Han ido acudiendo soldados que escuchan. Salen dos oficiales extranjeros.)*

OF. EX. 1.º *(con marcado acento)*: No escuchar, no escuchar.

OF. EX. 2.º *(con marcado acento)*: Fuego, fuego.

OF. EX. 1.º: No escuchar, no escuchar.

OF. EX. 2.º: Fuego, fuego.

OF. EX. 1.º: A los parapetos.

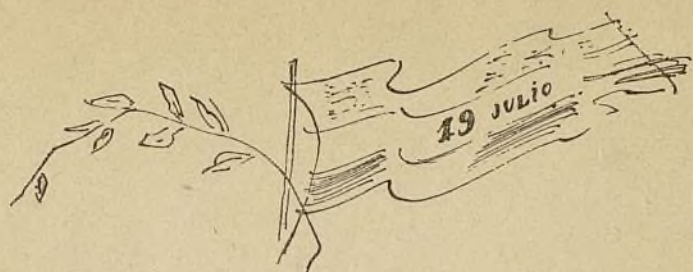
OF. EX. 2.º: No escuchar, traidores a pura tradición española.

ALTAVOZ: Luis Sánchez Pereira, Timoteo Lacalle Rodríguez, Servando Sancho Camino...

OF. EX.: ¿Qué esperan?

(De un lado los soldados en actitud amenazadora, en el centro los oficiales, detrás el sargento saca la pistola.)

TELON



HORA DE ESPAÑA

R E V I S T A M E N S U A L

APARTADO CORREOS, 597. — BARCELONA

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO VILLA.
ANGEL FERRANT. ANTONIO MACHADO.
JOSÉ BERGAMÍN. T. NAVARRO TOMÁS.
RAFAEL ALBERTÍ. JOSÉ F. MONTESI-
NOS. PEDRO BOSCH GIMPERA. AL-
BERTO. RODOLFO HALFFTER. JOSÉ
GAOS. DÁMASO ALONSO. LUIS LACASA.
ENRIQUE DIEZ CANEDO. LUIS CER-
NUDA. CORPUS BARGA. JUAN JOSÉ
DOMENCHINA. EMILIO PRADOS. CAR-
LES RIBA. JUAN DE LA ENCINA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE. A. SÁNCHEZ BAR-
BUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA. A. SERRANO PLAJA. ANGEL GAOS.
MARÍA ZAMBRANO. E. CASAL CHAPÍ. JOSÉ M.^a QUIROGA PLÁ

S E C R E T A R I O: J U A N G I L - A L B E R T

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 24 PTAS.

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 36 PESETAS